

CRISTIANIDAD



94

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

15 FEBRERO

1 9 4 8

«Estaban en pleno día, los labradores arando y podando sus campos, los menestrales e industriales en sus ocupaciones por las calles y plazas de la ciudad, cuando de Montserrat, que es el Sinaí de Cataluña, adonde fueron a buscar luz e inspiración grandes santos de nuestra tierra y de naciones extranjeras, vieron salir una luz misteriosa y resplandeciente, que se dirigió a la ciudad, penetró por una ventana de la iglesia del Carmen, que entonces se acababa de edificar, y la llenó de tales resplandores, que salían fuera por las aberturas. Acudió todo el pueblo a este espectáculo y los frailes también al toque de la campana, y contemplaron entonces el símbolo de la Luz, imagen de la Divinidad: vieron tres carísimos rayos que salían de un foco y volvían al mismo, y representaban el misterio de la Santísima Trinidad, el gran misterio de la Divina Naturaleza, de la Infinita Substancia, de la Unidad y Trinidad de Dios, el misterio de la Luz, de la Luz espiritual, simbolizada y figurada en la luz material, que ilumina al mundo y le da vida».

Estas son las palabras con que Torras y Bages se dirigía al pueblo de Manresa en febrero del año 1900, refiriéndose a aquel suceso extraordinario que tuvo lugar el 21 de febrero del año 1345.

La autenticidad histórica de la Misteriosa Luz de Manresa ha ido afirmándose cada vez con mayor seguridad hasta la publicación del «Dictamen», en el año 1933, en el cual quedaba asegurada la veracidad de los documentos que contenían el relato.

Dedicamos el presente número a la conmemoración de este hecho, insistiendo en que «sólo a la luz de la fe—como dice nuestra editorial—puede verse la Luz de Manresa, símbolo del Augusto Misterio de la Santísima Trinidad».

Algún tiempo después S. Ignacio de Loyola recibió allí mismo la Luz con que se ilumina su obra—que trasciende todas las épocas—de los «Ejercicios Espirituales». «De Manresa han brotado, para nuestros tiempos, raudales de luz. «La luz brilló en las tinieblas...» ¿Cuándo llegará el día de su pleno recibimiento?».

Editorial: «La luz brilló en las tinieblas...»

La Misteriosa Luz de Manresa, por Evelio Bulbena Estrany (págs. 74 y 75); **Manresa, foco perenne de luz. Dos fechas luminosas**, por el P. Ramón Orlandis, S. J. (págs. 76 a 78); **Dos luces, dos épocas**, por Luis Creus Vidal (págs. 78 a 80).

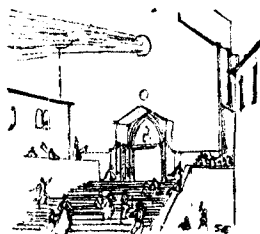
El misterio de la Luz, de la luz espiritual, (págs. 81 a 83); **La llum**, por el P. Francisco de P. Llorens, S. I. (pág. 84); **Goigs de la misteriosa Llum** (pág. 85); **De las revelaciones que tuvo Ignacio en Manresa** (páginas 87 y 88).

Numismática Papal en Aviñón, por Juan Tolosa, Pbro. (págs. 89 y 90); **Roma y el Papa en los escritos de Cervantes**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 90 a 92).

La lucha contra el liberalismo, VI, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 92 y 93).

La conspiración comunista, X, por Luis F Budenz (págs. 94 y 95); **El cine al servicio de la Religión y de la Historia: Un film sensacional: «Montecassino»**, por Ernesto Fayé (pág. 96).

Las ilustraciones son debidas a Ignacio M.ª Serra Goday y otros.



INDUSTRIA MECANICA

ESPECIALIZACIÓN EXCLUSIVA:

Husos, Aros y Cilindros Rayados
para la Industria Textil
TIPO DE HUSO NACIONAL PATENTADO

**JUAN
PAYÁS**

TALLERES Y OFICINAS:

Carretera de Sampedor (Travesía) - Tel. 1052

FUNDIDION:

Bruch, 75 - Teléfono 1871

M A N R E S A

Valentín

Rius Clapers

CONSTRUCTOR
DE MAQUINARIA TEXTIL
M O D E R N A

Arbonés, 13 - Teléf. 1765

Direc. telegráfica: RICLAP

M A N R E S A

Ayudad a la Prensa católica

S. T.

MANRESA

FARMACIA

de

José Casamada Rusiñol

□

Vilanova, 24 - Cirera, 2 - MANRESA



PIELSA

GENERAL DE VENTAS EXCLUSIVAS COMERCIALES, S. A.
M A N R E S A CARRER. 35 - TEL. 1765

CRISTIANDAD

NÚMERO 94 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 502, 2.º, 1.º - Telef. 22446
BARCELONA

15 de Febrero de 1948

Cruz, 1, 1.º - Telef. 222587
MADRID

«La luz brilló en las tinieblas...»

El joven quisiera, a fuerza de sinceridad, delimitar perfectamente los campos del bien y del mal. Dura lección será para él el descubrir como, lo mismo en el mundo que en su propio interior, bien y mal están mezclados en dramática convivencia: creciendo y multiplicándose en común, naciendo, de alguna manera, uno de otro, mezclando inextricablemente sus raíces como el trigo y la cizaña.

Reacción contra su primera ingenuidad, el escepticismo que entonces le acecha amenaza conservarle encerrado en una parecida pequeñez de visión. Poco le costaría afirmar que bien y mal se funden siempre y en todas partes en la más despreciable mediocridad moral. ¡Como si nuestro mundo fuera del dominio del hombre, como si no soplaran sobre nosotros contrarios espíritus, capaces de infundir en nuestro pecho aliento de contrarios heroísmos!

No todo es gris en el mundo, no todo es neutro, no todo es impreciso. Emergiendo de la turba atarcada en menesteres serviles, se yerguen aquellos a quienes Dios o Satán empujan a grandes horizontes. De una parte, los Santos. Ellos han poseído su alma en la paciencia de la acción divina, pero también el Perverso tiene abnegados seguidores, capaces de renunciar a la sensualidad y a los mezquinos egoísmos.

La vida de unos y otros es a veces, mal les pese, ruidosa. Numeran, como mojonos, el camino de la Historia, dominan con su firmeza, el fluctuar de las masas, labran como un arado, el surco por donde discurrirá su siglo... Pero otras veces su acción es casi imperceptible. Su vida discurre a la callada, lejos de toda gloria y resonancia humanas, en el secreto de las logias o en el silencio de los monasterios. Consiguen ocultarse de sus mismos familiares.

Y con todo, es preciso dar con ellos para dar con el sentido de la Historia y diseñarla en fieles perspectivas. La perspicacia natural, difícilmente basta, si la perspicacia sobrenatural no le asiste. ¿Quién, en efecto, penetrará sin ella lo que ha significado para nosotros la pequeña ciudad de Lisieux? ¿Una vida oculta, a fines de siglo, en el Buen Pastor de Oporto? ¿El seudónimo de «Piccolo Tigre»?

La auténtica historia moderna dista mucho de haber sido escrita. Descartemos por imposible todo intento que prescindiera de la realidad y presencia de lo sobrenatural y de lo preternatural: porque ni tendrá profundidad de observación ni certero juicio.

¿Quién podrá apreciar, sin espíritu sobrenatural, lo que representa Manresa para la civilización cristiana? ¿Las especiales muestras de predilección de Dios hacia este pueblo que busca hoy, como tantos otros, una razón de ser en las aguas industrializadas de su río?

Sólo a la luz de la fe puede verse la luz de Manresa, símbolo del Augusto Misterio de la Santísima Trinidad. Esta luz ha iluminado a la Iglesia toda en Trento, y a las mejores conciencias en los Ejercicios espirituales. Esta luz ha iluminado a la vidente que logró persuadir a Su Santidad León XIII de que consagrara el Mundo entero al Amor de nuestro Dios. De Manresa han brotado, para nuestros tiempos, raudales de luz «La luz brilló en las tinieblas...» ¿Cuándo llegará el día de su pleno recibimiento?



La misteriosa Luz de Manresa

Del Sr. BULBENA, profundo conocedor del arte popular, —especialista en la obra del imaginero Amadeu—, y especialista prestigioso también en Simbología e Iconografía de la Santísima Trinidad, nuestra Revista ha tenido ya en otra ocasión oportunidad de publicar algún trabajo (Vid. n.º 54)

El hecho prodigioso acaecido en la ciudad de Manresa el día 21 de febrero de 1345, conocido con el nombre de *La Misteriosa* o *La Santa Luz de Manresa*, cuyo recuerdo ha sobrevivido a través de los siglos y que ha motivado en estos últimos tiempos interesantes controversias, parece cobrar actualidad en vísperas de la festividad de la Santísima Trinidad, como que a raíz de aquel acontecimiento y atendida su especial significación, dió lugar a la constitución de una de las más antiguas cofradías existentes, dedicada a glorificar el Misterio de Dios Uno y Trino. Es por este motivo que creemos oportuno suscitar aquí su recuerdo, tratándose como se trata no ya de una tradición piadosa más o menos arraigada en el espíritu de nuestro pueblo, sino de un hecho avalado por el testimonio escrito de su época y por numerosos testigos presenciales.

Teniendo esto en cuenta, conviene en primer lugar recordar la discusión habida con este motivo y hecho público por la prensa hacia los años 1931 a 1933, respecto a la historicidad del suceso, motivada con ocasión de un opúsculo que publicó el historiador de Manresa don Joaquín Sarret y Arbós bajo el título *Llum... a la Llum de Manresa*, al cual contestó con otro titulado *La Llum brilla en les tenebres*, el que fué reverendo padre José Oriol de Barcelona, O. M. C., mártir de la revolución roja, y al que siguió todavía otro del señor Sarret intitulado *El plet de la Miraculosa Llum de Manresa*.

En estos trabajos se hacía frecuente alusión a una extensa monografía escrita por el que fué don Olegario Miró, médico de Manresa, titulada *La Misteriosa Llum*, que ha sido, por decirlo así, la fuente común a donde han acudido los principales historiadores al referirse a este tema; trabajo que mereció en público certamen un premio del excelentísimo señor Arzobispo de Sevilla en el año 1882.

Lo encontrado de los pareceres a que dió lugar esta

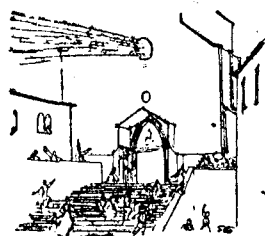
cuestión, motivó la necesidad de arbitrar un acuerdo entre las dos partes, designándose al efecto una comisión de historiadores especializados en diplomática para someter a un minucioso examen dos documentos de los siglos XIV y XVI (este último copia del otro del XIV), en los cuales se refiere el misterioso suceso, viendo de probar si merecían o no ser considerados como auténticos de su época, en cuyo caso si no quedaba demostrado el hecho en sí mismo, se confirmaba documentalmente, con lo cual no cabía discusión al respecto.

Esta comisión estaba constituida por don Leoncio Soler y March, archivero de Manresa, reverendo padre Anselmo M. Albarada, O. S. B., archivero del Monasterio de Montserrat; don Francisco Carreras Candi, académico que fué de la de Buenas Letras de Barcelona; don Agustín Durán y Sampere, director del Archivo Histórico de la ciudad de Barcelona, y don Fernando Valls y Taberner, que lo fué a su vez del de la Corona de Aragón.

El dictamen se publicó el día 12 de septiembre de 1933 confirmando la autenticidad del documento y la veracidad de su contenido, incluso en su aspecto extrínseco o de coincidencia entre el relato y la realidad histórica, bien que por otra parte depurando ciertas inexactitudes que hasta entonces habían sido admitidas sin discusión, pero que no afectaban a la sustancia del hecho, con lo cual quedó el pleito fallado definitivamente.

Hecho este preámbulo que conviene recordar, pasamos a referir el prodigio tal como nos lo explica el documento más antiguo de que se tiene noticia, o sea, el mismo que fué examinado y dió lugar al *Dictamen*.

Se trata de una nota escrita por Pedro de Bellsolá, escribano público de Manresa, en la que deja consignado las declaraciones que ante él hicieron el día 13 de marzo de 1345, diversos testigos presenciales del prodigio ocurrido en la iglesia del convento del Carmen de Manresa, poco después de la salida del sol del día 21 de



RAZON DE ESTE NUMERO

«Estaban en pleno día, los labradores arando y podando sus campos, los menestrales e industriales en sus ocupaciones por las calles y plazas de la ciudad, cuando de Montserrat, que es el Sinaí de Cataluña, adonde fueron a buscar luz e inspiración grandes santos de nuestra tierra y de naciones extranjeras, vieron salir una luz misteriosa y resplandeciente, que se dirigió a la ciudad, penetró por un ventanal de la iglesia del Carmen, que entonces se acababa de edificar, y la llenó de tales resplandores, que salían fuera por las aberturas. Acudió todo el pueblo a este espectáculo y los frailes también al toque de la campana, y contemplaron entonces el símbolo de la Luz, imagen de la Divinidad: vieron tres clarísimos rayos que salían de un foco y volvían al mismo, y representaban el misterio de la Santísima Trinidad, el gran misterio de la Divina Naturaleza, de la Infinita Substancia, de la Unidad y Trinidad de Dios, el misterio de la Luz, de la Luz espiritual, simbolizada y figurada en la luz material, que ilumina al mundo y le da vida».

Estas son las palabras con que Torras y Bages se dirigía al pueblo de Manresa en febrero del año 1900, refiriéndose a aquel suceso extraordinario que tuvo lugar el 21 de febrero del año 1345.

La autenticidad histórica de la Misteriosa Luz de Manresa ha ido afirmándose cada vez con mayor seguridad hasta la publicación del «Dictamen», en el año 1933, en el cual quedaba asegurada la veracidad de los documentos que contenían el relato.

Dedicamos el presente número a la conmemoración de este hecho, insistiendo en que «sólo a la luz de la fe — como dice nuestra editorial — puede verse la luz de Manresa, símbolo del Augusto Misterio de la Santísima Trinidad».

Algún tiempo después S. Ignacio de Loyola recibirá allí mismo la Luz con que se ilumina su obra — que trasciende todas las épocas — de los *Ejercicios Espirituales*. «De Manresa han brotado, para nuestros tiempos, raudales de luz. «La luz brilló en las tinieblas...» ¿Cuándo llegará el día de su pleno recibimiento?»

Editorial: «La luz brilló en las tinieblas...»

La misteriosa Luz de Manresa, por Evello Bulbena Estrany (págs. 74 y 75); Manresa, foco perenne de luz. Dos fechas luminosas, por el P. Ramón Orlandis, S. J. (págs. 76 a 78); Dos luces, dos épocas, por Luis Creus Vidal (págs. 78 a 80).

El misterio de la Luz, de la luz espiritual, (págs. 81 a 83); La Llum, por el P. Francisco de P. Llorens, S. I. (pág. 84); Goigs de la misteriosa Llum (pág. 85); De las revelaciones que tuvo Ignacio en Manresa (págs. 87 y 88).

Numismática Papal en Avión, por Juan Tolosa, Pro. (págs. 89 y 90); Roma y el Papa en los escritos de Cervantes, por Martirián Brunsó, Pro. (págs. 90 a 92).

La lucha contra el liberalismo, VI, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 92 y 93).

La conspiración comunista, X, por Luis F. Budenz (págs. 94 y 95); El cine al servicio de la Religión y de la Historia: Un film sensacional: «Montecassino», por Ernesto Fayé (pág. 96).

Las ilustraciones son debidas a Ignacio M.ª Serra Goday y otros.

febrero del año referido. Según este documento, siendo Prior del convento del Carmen de Manresa fray Bernardo Carnicer y habiendo predicado éste un sermón en la iglesia nueva de dicho convento el mencionado día 13 de marzo de 1345 (que coincidía en domingo), diversos testigos especialmente convocados y que entonces estaban presentes a dicha iglesia, declararon delante del notario de Manresa, Pedro de Bellsolá, que encontrándose ellos personalmente cerca del altar de la Santísima Trinidad de aquel templo el lunes 21 de febrero, que correspondía aquel año la vigilia de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, vieron en dicha capilla la aparición, después de la salida del sol, de una llama o luz blanca resplandeciente a manera de estrella, que se elevó hasta la clave. Fué entonces cuando los testigos presenciales de aquel prodigio acudieron en busca de los religiosos de dicho convento, e inmediatamente se produjo un regular alboroto (con motivo del cual fué tañida la campana mayor de la iglesia) y los frailes cantaron la *Salve Regina* delante del altar de la Virgen. Al oír la campana acudieron otras personas, unas que habían visto el prodigio y otras que no lo habían visto, en conjunto unas trescientas, las cuales juntamente con los frailes fueron en procesión con cirios encendidos hacia el altar de la Santísima Trinidad al tiempo que entonaban cánticos litúrgicos; al momento, todos los que estaban presentes, pudieron ver en la clave de dicha capilla la luz blanca o señal prodigiosa a manera de estrella o llama, la cual descendió lentamente encima del altar de la Santísima Trinidad; después, saliendo de la capilla, subió a la clave principal de la iglesia y seguidamente se dirigió de nuevo a dicha capilla de la cual volvió a salir para subir otra vez a la clave principal de la iglesia y de allí, finalmente bajó a la capilla de la Santa Cruz y San Salvador en la cual se extinguió la visión prodigiosa.

El documento objeto de análisis acaba con los nombres de gran número de personas.

Hasta aquí la relación del hecho. En ella no nos hemos apartado lo más mínimo del texto del *Dictamen* antes citado, que del catalán hemos traducido literalmente, para ceñirnos sin variación alguna al testimonio más antiguo del suceso; relato que la tradición ha vestido a su vez con otros pormenores y circunstancias que hemos omitido de propósito para que no pudiera parecer que confundimos la *historia* con la *tradición*, toda vez que el hecho tal como queda referido y autenticado, no aparece como una vulgar tradición más o menos respetable, sino como un hecho rigurosamente histórico e innegable.

En el mismo dictamen sobre la historicidad del hecho, se alude a nombres y fechas que se confirman mediante otros documentos coetáneos con los que se corresponden exactamente, haciéndose constar en cambio que no parece ser auténtica una bula relativa al suceso, del Papa Clemente VI cuyo original no se ha encontrado en los archivos del Vaticano; por otra parte se hace mención de otra bula del Papa Urbano V, que no se conocía apenas, antes del *Dictamen* y en donde se menciona la iglesia del Carmen y su capilla de la Santísima Trinidad; bula fechada en Aviñón a 1 de junio de 1366.

Según refieren la mayoría de cronistas de Manresa, la *Misteriosa Luz* se apareció en circunstancias verdaderamente favorables para la ciudad, cuando ésta se encontraba en *entredicho* hacia ya unos siete años a causa de ciertas diferencias habidas con el Obispo de Vich, ilustrísimo señor Galcerán Sacosta, debido a la construcción de una acequia o canal que se proyectó para abastecer de agua a la urbe y que invadía tierras de la jurisdicción y señorío de la Mitra.

La aparición de la *Luz* fué considerada como una

señal sobrenatural o aviso del cielo para que cesara aquel estado de cosas, levantándose aquella censura eclesiástica que pesaba sobre la ciudad, privada por tanto tiempo del ejercicio público de sus prácticas religiosas.

En cuanto al templo del Carmen, conocido también con el nombre de la *Luz*, durante la revolución de 1936 fué, no solamente profanado, sino totalmente arrasado para que no quedara memoria de aquel prodigio, pero pasada la tempestad, la ciudad de Manresa no podía consentir la desaparición de lo que precisamente siempre tuvo en mayor veneración y estima, y en el mismo lugar que ocupara el antiguo templo, fué colocada y bendecida la primera piedra para el nuevo, el día 21 de noviembre de 1944 por el ilustrísimo señor Obispo de Vich, encontrándose ya en la actualidad las obras en curso de ejecución regularmente adelantadas, gracias a la aportación de valiosos donativos, bajo la acertada dirección del arquitecto don Juan Rubió y Vellvé, de Barcelona.

El edificio que será de estilo ojival y de gran capacidad, presentará en su fachada principal sobre la puerta de entrada tres magníficos rosetones acoplados, aludiendo al Misterio de la Santísima Trinidad, acompañados de la inscripción:

LUX ORTA EST EIS

No hay que decir como la ciudad de Manresa celebra todos los años con el mayor esplendor la conmemoración del prodigio referido, el día 21 de febrero, con grandes solemnidades religiosas y profanas, agradecida al favor divino que tan dadivosamente quiso velar sobre ella, dando de este modo, a través de los siglos, prueba perenne de su fe encendida y de su devoción al augustísimo Misterio de la Santísima Trinidad.

Evelio Bulbena Estrany

BIBLIOGRAFIA

- P. Ausió Rovira*, "En torno de un centenario"; artículos publicados en *Manresa*, núms. 435 a 446, de 1945.
- M. Canyelles*, "Descripció de la grandesa i antiguitats de la ciutat de Manresa". Manresa, 1896.
- C. Cornet y Mas*, "Guía del viajero de Manresa y Cardona".
- P. Domenech Sant*, "Vindicant a l'Arxiver municipal", "El Pla de Bages". Manresa, 19 de mayo de 1932.
- Fr. Gregorio de Falset*, "La luz manresana", etc., sermón. Manresa, 1820.
- Alfonso M. Gubianas*, "La Misteriosa Luz de Manresa". *Rev. Montserratina*, Febrero de 1907, págs. 47 a 50.
- L. C. V. y Ll.*, "La Santa Luz de Manresa". *La Hormiga de Oro*, Barcelona, 20 de febrero de 1936.
- Masuet y Peñas*, "Marxa de la Misteriosa Llum". Manresa, 1933.
- O. Miró y Borrás*, "La Misteriosa Llum", etc., Manresa, 1882.
- Fr. Oriol de Barcelona, O. M. F.*, "La Llum brilla en les tenebres", Manresa, 1932.
- Idem., id., "La Llum verdadera". Manresa, 1929.
- Idem., id., "Lux in tenebris". Barcelona 1932.
- J. Sarret y Arbós*, "Llum!... a la Llum de Manresa". Manresa, 1931.
- Idem., id., "El plet de la Miraculosa Llum de Manresa". Manresa, 1932.
- P. Soldevila*, "Relació Històrica de la Vinguda de la Llum".
- Ilmo. Sr. J. Torras y Bages, Obispo de Vich*, "Lo símbol de la Llum". Vich, 1900.
- Varios*, "Vida Parroquial", núm. 23, Manresa, 21 de febrero de 1945.
- Idem., "Diario de Barcelona". 5 de marzo de 1943.

Manresa, foco perenne de luz

DOS FECHAS LUMINOSAS

La Luz de Manresa prenunció la luz de Oporto

¡1898, 1548! De la primera de estas fechas nos separa sólo un cincuentenario; de la segunda, un espacio de cuatro siglos. No brillan estas fechas con la luz fosforescente y deslumbradora de lo humano; su luz no es sino aquella suave, pero profunda, claridad de lo divino, que sólo es perceptible a los ojos que Dios se digna abrir a lo sobrenatural. ¿Qué importancia podrá dar a estas fechas la moderna Historiosofía laica o laicizante, que después de siglos y siglos que el género humano ha vivido arrastrándose sobre nuestro planeta, anda buceando bajo la superficie de los hechos aquello a que se ha dado en llamar «sentido de la Historia»? Para todo el que cierre los ojos a la Luz eterna que es Vida de los hombres, Vida del género humano y, por ende, Vida verdadera y profunda de la Historia, ésta siempre carecerá de sentido, será un enigma, un absurdo desesperante. CRISTIANDAD, ¡pobre y cuidada revista! CRISTIANDAD, tiene la pretensión de ir contra corriente, de hacer caso de hechos y de ideas que el mundo actual menosprecia. A la larga, ¿quién habrá acertado? ¿Goliat con su pesada armadura y su poderosa espada o David con sus guijarros de arroyo? Mas dejémonos de exordios y vengamos a decir algo sobre las dos fechas citadas y sobre el sentido histórico y luminoso que en ellas descubrimos.

Año 1898

¡Año de la guerra, año del desastre! ¡Año nefasto para España y de tremendas perspectivas para un mundo que iba acostumbrándose cada vez más a reconocer y a acatar la soberanía y la legitimidad de la fuerza! Pocas personas, tal vez ninguna, pensaría en aquel entonces que allá, en la nación vecina, en Portugal, en Oporto, en una casa religiosa, la comunidad oraba fervorosa e instantemente por la paz y por España. Pocas personas sabrían que en la casa de religiosas del Buen Pastor, la Superiora era una amiga fiel y desinteresada de España, de la nación católica, como ella la apellidaba. Y, sin embargo, así era. De aquella joven religiosa varias veces hemos hablado en CRISTIANDAD (1) y no de pasada, sino de propósito; no precisamente por ser quien era, sino por la misión sobrenatural que le vino del Cielo y en la cual CRISTIANDAD no tiene empacho en creer, dado que creyó en ella un Papa de tan relevante sabiduría y prudencia como León XIII. Ella fué, en efecto, quien, como mensajera del Cielo, pidió y alcanzó de León XIII la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús, acto que aquel excelso Pontífice calificaba el más grandioso de su vida. Aquella Consagración fué, en realidad, la proclamación del Reinado de Jesucristo, reinado universal de derecho, en cuya realización de hecho León XIII y sus sucesores nos hacen esperar, estribando en las promesas anejas a la devoción del Divino Corazón. Aquella joven religiosa era la Madre María del Divino Corazón, en el mundo María Droste zu Vischering, vástago de la familia de este nombre, nobilísima entre las nobles y catolicísima entre las católicas de la católica Westfalia.

Y, ¿qué relación podrá tener todo esto con la llamada luz de Manresa?, estará quizás pensando algún benévolo

lector. Pues bien, sepas, querido lector que te interesas por lo que te vamos diciendo; sepas, repito, que aquel amor muy singular que aquella religiosa alemana sentía por España, en Manresa, en la Cueva de Manresa, se corroboró y tal vez se concibió; un destello de aquella luz perenne que aquellas rocas de la Santa Cueva irradian iluminó en su día la mente y el corazón juvenil de María y le hizo ver el camino por donde Dios la quería conducir al destino providencial que en su misteriosa disposición le había señalado.

Destinada por la obediencia a Portugal, salió de Munster por enero de 1894 y a principios de cuarema llegó a Barcelona. «Al salir de Barcelona, nos dice su biógrafo, se detuvo en Manresa. Dirigida y sostenida en sus luchas desde niña por Padres de la Compañía de Jesús, santamente entusiasta de una orden cuyos destinos tan estrechamente han estado siempre ligados a los de la causa católica, nuestra Madre veneraba con particular devoción a su santo fundador. En Manresa recibió gracias especialísimas en relación con las pruebas por que pasaba y con las dificultades que le aguardaban; de forma que su paso por allí, consecuencia fortuita del gran rodeo que se le había impuesto, fué, en realidad, el momento capital de su viaje y su preparación definitiva para el cumplimiento de los designios de Dios sobre ella.»

Con piadoso entusiasmo visitó todos los sitios santificados por la presencia del penitente caballero y particularmente la cueva en que escribió los ejercicios y que la piedad de sus hijos ha convertido en precioso santuario; allí se confesó y oyó una instrucción que derramó muy viva luz sobre su alma: «No me acuerdo, dice ella, de haber sido nunca tan bien comprendida y de haber reconocido tan clara y distintamente la voluntad de Dios.»

¿Quién pudo ser aquel confesor que tan a fondo la conoció y tanta luz le comunicó? A nuestro parecer no pudo ser sino el R. P. Jaime Nonell, persona docta y experimentada en las cosas espirituales, agudo y genial intérprete de los ejercicios.

«Momentos después, prosigue narrando el biógrafo, de nuevo postrada en la misma cueva y bajo aquellas rocas que habían sido testigos de las conversaciones del santo con Jesús y con María, fué ella favorecida con una comunicación íntima del Divino Maestro... En tanto que rezaba, oyó una voz que le preguntaba si quería sacrificarse por salvar una casa del Buen Pastor que corría grave peligro; tres veces se le hizo la misma pregunta; ella, al cabo, sin saber de qué casa se trataba, respondió que sí, que aceptaba.»

«¡Qué dicha, escribía María al siguiente día, haberme podido arrodillar en un sitio que siempre había sido para mí de tan gran veneración!» Y poco después: «No hallo palabras para ponderar la conducta de Dios conmigo y cuán persuadida estoy de que es El quien me ha llamado a Portugal. Todo eran sombras al salir de Munster; la sola luz que me quedaba era la convicción de estar en manos de Dios y de cumplir su voluntad. La nueva misión, naturalmente, me repugnaba cuanto no es decible; mas ahora siento cuán bueno es Dios con nosotros cuando a El solo buscamos.»

María del Sagrado Corazón esperaba al pasar por Avila, en la patria de Santa Teresa, un eco de las impresiones de Manresa. Lo que en esta ciudad Dios no quiso comunicarle lo recibió colmadamente dos años más tarde

(1) Véase CRISTIANDAD, número 2, p. 28 y número 77, p. 242 y ss.

en Alba de Tormes ante las reliquias de Santa Teresa, ante aquel corazón traspasado un día por el dardo de un serafín; oyó allí la misa que celebró uno de sus directores espirituales: el abad benedictino de Seckau, en Austria. Al despedirse de él le entregó un papel escrito con lápiz en el cual le daba cuenta de lo que por su espíritu acababa de pasar. A nosotros, en este momento, sólo nos interesan las palabras que son recuerdo de lo que sintió en Manresa. «Lo que en lo más íntimo de mí experimenté no hallo palabras con que explicarlo; era como el día de mi profesión al comulgar, sólo que más tranquilo, más hondo, más íntimo; acordéme de lo que me pasó en Manresa cuando me sentí penetrada de un deseo vivo y apremiante de sufrimiento y sacrificio cuando Nuestro Señor me presentó la cruz con todo su peso y yo la acepté con santo ardor, cuando me fueron propuestos los trabajos de Oporto.»

A los pocos meses de esta visita a Alba de Tormes comenzó para María del Sagrado Corazón aquella durísima enfermedad que la tuvo tres años casi ininterrumpidos en cama; sus padecimientos fueron durante todo aquel tiempo humanamente insoportables, pero sobrellevados con tal paciencia y fortaleza que sólo en el heroísmo sobrenatural tienen explicación.

Como muestra de aquel dolorosísimo martirio nos permitimos copiar unas líneas de la biografía varias veces ya citada: «Los médicos, después de renunciar al corsé metálico, habían inventado, para que pudiera sentarse, un lecho que mediante un mecanismo se levantara por la mitad, levantando a la par el busto de la enferma; un aro de hierro encerraría y tendría queda la cabeza, y dos barras de hierro que pasaban bajo las espaldas sostendrían el cuerpo. Cinco veces se rindió la sierva de Dios, por obediencia al confesor, al ensayo de este tratamiento. Sólo el cambiarla de cama era para ella una operación dolorosísima y que casi la desvanecía; además, como sus espaldas no tenían fuerza ninguna, cuando se levantaba la cama quedaba ella literalmente colgada de la cabeza y de las espaldas, y en esta postura la tenían horas enteras; se le hinchaban las manos y se le ponían lividas, y, aunque horriblemente cansada, la pobre Madre creía sufrir menos que las hermanas que lo presenciaban llorando y acordándose de los mártires.»

Este episodio de tan dura enfermedad tenía lugar por el año de 1898, año de la guerra hispanoamericana. Tres años hacía entonces que padecía la religiosa tan penosa enfermedad, y día tras día la sobrellevaba con admirable paciencia; pero lo más admirable y lo que hace ver con más claridad el temple heroico de aquella alma, es la increíble fortaleza con que atendía a los deberes de su cargo y al bien y consuelo de las personas que todos los días acudían a ella, y eran éstas no solamente las religiosas súbditas suyas, ni tampoco las asiladas, sino una multitud de personas que atraídas por su fama diariamente acudían a ella. Todos los días la llevaban en una cama portátil al locutorio y allí afluían un sinnúmero de visitas. Una de las personas más distinguidas que la visitaron durante su enfermedad, la famosa escritora de origen alemán y protestante, Carolina Michaelis de Vasconcellos, en la semblanza que de ella trazó después de su muerte, decía refiriéndose a este visito: «Los que se acercaban a ella con ánimo de consolarla salían de su presencia consolados, confirmados en la fe de la bondad humana y convencidos de que la enferma se sentía felicísima en el cumplimiento de su misión.»

No olvidemos, para nuestro intento, que la aceptación incondicional, definitiva, de la cruz que le esperaba en Oporto data de la visita de María a la Cueva de Manresa, y fué debida a los destellos de la luz que aquellas rocas proyectan y que tan hondamente penetraron en su alma.

Cedamos de nuevo la palabra al biógrafo, y con él llegaremos al término de la obra de Dios en María, al cumplimiento de aquel supremo designio para el cual clara-

mente se ve que Dios Nuestro Señor la había preparado durante todo el curso de su vida. «Todas estas penas, dice, agravadas por el cansancio y los cuidados de una administración difícil y de un apostolado laborioso, no eran parte a que no sintiera la esposa de Cristo y vivamente como la repercusión de las calamidades de aquellos tiempos. Aludimos a la guerra que este año de 1898 se hicieron España y los Estados Unidos que la tuvo muy inquieta por los males en que una serie de desastres podía precipitar a la nación católica, si bien le inspiraba alguna confianza la docilidad de la Reina Madre a la Santa Sede. La sierva de Dios seguía las operaciones militares con sumo interés en el diario y en el atlas; todos los días la comunidad reunida en la capilla rezaba por España, invocando principalmente al Sagrado Corazón y a San Ignacio; a las oraciones añadía los sacrificios y cual fuera el resultado de todo creemos poderlo colegir de las siguientes líneas que escribió al P. Abad de Seckau a mediados de septiembre a poco de haberse firmado los preliminares de la paz.

«La guerra hispanoamericana me ha hecho sufrir mucho, primero por su duración, hasta que obtuve del señor Rector —su Director espiritual, el Rector del Seminario de Oporto— la autorización de transmitir al Papa una comunicación de Nuestro Señor; luego, después de una batalla cerca de Cuba que se creyó decisiva, como se prolongara aún la guerra, sufrí mucho para alcanzar la paz del Sagrado Corazón. No está aún todo concluido, pero se me ha asegurado que a la confianza corresponderá el éxito; Consagración al Sagrado Corazón, desagravios, abandono y confianza, sufrir con El y por El.»

Observa al llegar a este punto el biógrafo que la carta al Romano Pontífice de la cual habla el Abad de Seckau es la primera que María del Divino Corazón escribió a León XIII comunicándole el deseo de Jesucristo de que consagrara todo el género humano a su Corazón. Esta carta se escribió y remitió en junio de 1898; desgraciadamente, se ha perdido y no obtuvo contestación. Con todo, lo que se dice de su contenido en la carta citada al Abad de Seckau nos hace entrever su importancia... sobre todo si lo completamos con lo que en otro pasaje de su libro nos narra el biógrafo. Esta carta no se escribió sino después de una prudente y larga resistencia del Director. Vencido éste por las señales inequívocas de la realidad de la comunicación del Cielo, no tan sólo permitió el envío de la carta, sino que, supliendo la imposibilidad física de la enferma, la escribió al dictado de ella. Pues bien, en aquella carta primera, en la carta que se ha perdido, por lo que dice María nos enteramos de que ella proponía como querida por Jesucristo la Consagración del género humano a su Sagrado Corazón, y de que al mismo tiempo hablaba al Romano Pontífice de la guerra, que tanto la preocupaba y afligía. ¿Cómo se relacionaban esas dos cosas en la carta y en el pensamiento de la religiosa? La pérdida de la carta nos impide saberlo con seguridad. El biógrafo deduce del total de datos que estaban a su disposición, que Nuestro Señor habría establecido alguna relación entre la Consagración y la conclusión de la paz, subordinando quizás ésta a la ejecución de lo que pedía a la Superiora del Buen Pastor.

Esta conexión que en la carta extraviada debía de haber, no sabemos si se significaba como elemento constitutivo del mensaje del cielo o solamente como algo meramente personal de la mensajera intermediaria. En todo caso, en ello se pone de relieve el singular amor e interés que ésta sentía por España, que la hizo mencionarla al transmitir el encargo divino, amor, si no concebido, por lo menos grandemente acrecentado en Manresa y Alba de Tormes, en Cataluña y en Castilla.

Lo esencial y valioso, lo que a todo español, a todo catalán, a todo manresano debería llenar de gozo y de esperanza y de santo orgullo es que en España, en Cata-

PLURA UT UNUM

luña, en Manresa, Dios quisiera disponer y preparar a su fiel sierva, a la Condesa Droste Zu Vischering, a María del Divino Corazón, para recibir del cielo el mensaje a León XIII y para urgir su transmisión al año de 1898, de tristes recuerdos. Y si en este año la carta remitida a Roma aparentemente no dió resultado, sin duda preparó la de 1899, que determinó al Vicario de Cristo a realizar aquel acto que apreciaba como el más grandioso de su Pontificado. LA LUZ DE MANRESA PRENUNCIÓ LA LUZ DE OPORTO.

La luz de Roma y la Luz de Manresa

«Año 1548»

Jesucristo legó al mundo su propia luz en una participación inmediata de Sí mismo, que es la Luz verdadera. Toda luz, toda doctrina, toda afirmación que no sufra el examen, la iluminación de la luz legada por Cristo, de la luz de Pedro, no será si no verdad aparente, luz fatua.

En el año 1548 a la luz de Pedro se examinó la luz de la Cueva de Manresa y se halló ser verdadera luz. Iñigo de Loyola, peregrino de Tierra Santa en 1523, veinticinco

años antes había salido de Manresa llevando consigo un librito manuscrito al parecer insignificante. En aquel librito se contenía en cifra la luz que había iluminado a Iñigo durante aquel año de su estancia en Manresa, en aquel período de su vida del cual decía que había sido su primitiva iglesia. Veinticinco años de prueba, veinticinco años de frutos, podrían parecer suficiente garantía de que en el libro de los Ejercicios se contenía la verdad.

Veinticinco años más tarde un prócer español, un exvirrey de Cataluña, el Santo Duque de Gandía San Francisco de Borja, que por propia experiencia estaba íntimamente persuadido de la verdad de aquel librito, de que la luz de la Cueva de Manresa era verdadera luz, quiso que se contrastara esta luz a la luz de la Cátedra de Pedro y aquel al parecer insignificante librito quedó sellado con la aprobación pontificia, que garantiza la verdad que en él se contiene: la verdad, la autenticidad de la luz de la Santa Cueva. El 31 de julio de 1548, el Papa Paulo III aprobó el libro de San Ignacio de Loyola, y desde entonces ¿quién contará y ponderará bastante las aprobaciones que sobre aquel librito han llovido? LA LUZ DE ROMA ILUMINÓ LA LUZ DE MANRESA.

Ramón Orlandis, S. I.

DOS LUCES, DOS EPOCAS

*Lo Campllonch té, com un breç,
dues serres per barana;
per coberta, un bosc de pins
verds tot l'any com la maragda.
Corona immensa de tots
és una hermosa Pinassa,
pinatells semblen los pins
entorn de llur sobirana,
geganta dels Pirineus
que per sang té rius de saba (1).*

Un imponente baluarte cierra el Norte de Cataluña. No es aún el Pirineo, sino su contrafuerte; pero es rama que se enfrenta orgullosa con su tronco, como si quisiera superarle. Imponente y triple barrera: Peguera, el Verd y el Compte, llena de tradición, llena de historia.

Estos tres torreones, alineados como ejército en orden de batalla, guardan profundas cañadas, con honores de valle. Ellas reciben las corrientes en que se resuelve la licuación de las nieves en las alturas, y forman, a su vez, tres grandes torrentes, la Aiguadora, la Aiguadevalls y el Cardoner, que se reúnen en uno solo —el conocido por el último nombre— allí, más abajo, no lejos ya de las ruinas de un castillo prócer que ha quedado como testigo mudo de siglos grávidos de luchas y de historia, enhiesto sobre una montaña de sal como perpetuo símbolo para las generaciones.

En un ensanchamiento de las barrancas, donde la naturaleza parece por un momento querer perder su estampa bravía, mas no su majestad, luce el eterno verdor del llano de Campllonch «todo el año una esmeralda». Y aquí es el estuche que guardó una joya que no en vano fué venerada como sagrado símbolo: el Pino de las Tres Ramas —el «Pi de les Tres Branques»—, en el que nuestro cristiano pueblo advirtió una como señal de la Trinidad

(1) Campllonch tiene una como cuna —dos sierras por balastrada — por cobertor un pinar — verde siempre como esmeralda. — Corona inmensa de todo — es un gigante Pino — brotes semejan los otros — al pie de su soberano — gigante del Pirineo — que por venas tiene ríos.

augusta, hasta el punto de haber constituido pio lugar de peregrinación, enriquecido con indulgencias por la Jerarquía de todos los tiempos, repetido y consignado en todos los tan sencillos como profundos catecismos de tiempos pasados, referido en púlpitos y misiones para la instrucción del pueblo fiel desde las épocas de San Vicente Ferrer hasta las del Padre Claret.

Y decimos «guardó», porque el tiempo, que nada respeta, se cebó, implacable, en el vegetal, del que sólo queda hoy la osamenta; mas, símbolo del que es la eterna Vida, tres renuevos, rodeando al viejo padre, se han encargado de perpetuar la tradición venerable, reiterando, por tres veces, el símbolo de la Trinidad augusta.

Y es bajo la sombra de aquel ilustre Pino —la «Pinassa»— que Verdagner nos sitúa al joven Rey, Jaime el Conquistador, descansando, y arrebatado en éxtasis, cayendo de rodillas ante el Supremo y Primer Misterio de nuestra Fe, exclamando:

*«Al Pare, Fill i Esperit
per tots los segles, hosanna!
tres Persones i un sol Déu
que aquí sa firma ha posada,
com en l'arbre de Mambré
on Abraham reposava!» (2)*

cuando recibe la inspiración de lanzarse a la reconquista de Valencia y de Mallorca, haciendo así triple —siempre en honor del mismo Trino Dios— aquella corona catalano-aragonesa que había recibido de sus padres. Y que los destinos de la Cristiandad le imperaban extender.

* * *

Aquel mismo río, una vez formado de su triple origen, luego que ha discurrido largamente por tierras catalanas,

(2) Al Padre, Hijo y Espíritu —hosana, por todos los siglos — tres personas y un Dios solo — que aquí ha estampado su sello — como en el árbol de Mambre — donde Abraham reposaba.

besa y refleja unas rocas predestinadas, que son asiento firme de una ciudad, predestinada también. Y parece llevarle el mensaje de fe y de adoración de que aparece ungido desde sus mismas fuentes.

Es Manresa, cuyo nombre dice tantas cosas al corazón y a la mente católica, que saben de firmezas que se han asentado precisamente allí.

Que por dos veces se ha visto alumbrada por misteriosas luces. Por Dos Luces. Y en dos momentos, mejor dicho, dos épocas cruciales, trascendentales también.

* * *

1345. Siete lustros antes había enmudecido una voz, inspirada en la más sublime musa, que en un divino poema había resumido, volando por las mayores alturas a que puede llegar el humano ingenio, las enseñanzas de la Escuela, que en el luminoso siglo anterior habían sido antorcha de una cristiandad que ascendía impetuosa.

Y aquel poema finía con uno como destello de aquella misma luz que ahora iluminaba Manresa, la misma también que resplandece en medio de las tinieblas y da la vida

*¡O somma luce, che tanto ti lievi
Da'concetti mortali, alla mia mente
Ripresta un poco di quel, che parevi;
E fa'la lingua mia tanto possente,
Ch'una favilla sol della tua gloria
Possa lasciare alla futura gente!* (3).

1345. Aquella Cristiandad estaba en un período crítico. En las mentes, agitación y extraños presagios. Las enseñanzas, serenas y racionales, del pasado siglo se veían ahora turbadas por toda suerte de lucubraciones. La progresiva unión de los pueblos, antes mancomunados por el signo de la Cruz, se veía comprometida ahora por tristes discordias entre los príncipes cristianos. Castilla ya no era la de San Fernando; es cierto que un gran triunfo, reciente, había unido a aquellos príncipes y renovado viejos aires de Cruzada. No es menos cierto también que, después del Salado, el gran rey Alfonso XI preparaba su Ordenamiento de Alcalá y multitud de otras sabias disposiciones; mas también lo es que dejaba, a causa de su incontinencia e incestuosos amores, un triste legado a su pueblo, agitado también por toda suerte de intestinas querellas. El funesto reinado de Pedro el Cruel ya se anunciaba, y con él, una tenebrosa moratoria que iba a permitir a la morisma mantener, durante casi un siglo y medio, un pie en la añorada península.

Tampoco Francia era ya la de San Luis. Desde que un descendiente suyo, por ironía del destino llamado «el Hermoso», había osado, mediante su sicario Nogaret, atentar contra el Pontífice en Anagni, la intromisión gala dentro de la Iglesia se había hecho cada vez más escandalosa. Tanto, que el Pontificado había sido arrastrado a Aviñón so capa de una protección a la que daba pretexto la eterna volubilidad, la incurable inconstancia e ingratitud de los hijos de la Urbe eterna, siempre rebeldes a la paternal tutela, así como las renovadas luchas del Imperio contra la Esposa de Cristo. Durante la primera mitad del siglo, en efecto, habían parecido reencarnarse los Enriques y los Barbarrojas en la figura siniestra de Luis de Baviera, que no había negligido ninguno de los ultrajes inventados por sus pérfidos antecesores para afligir al que es Vicario de Dios. Italia era otra vez teatro del viejo dualismo guelfo-gibelino, y escena de querellas entre sus muchos magnates. Inglaterra, a su vez, siguiendo la pendiente iniciada en

el pasado, incubaba ya obscuras tendencias, que pronto había de precisar Wicleff al iniciar trascendental herejía; en tanto que, en lo político, la ambición de sus reyes encendía en sangrienta lucha — la de los Cien Años — a los dos conspicuos pueblos de la Cristiandad occidental. Se estaba en vísperas de Crécy, y la Jacquería era un salvaje prólogo de tantas Frondas y luchas sociales como los siglos modernos han heredado del germen depositado en aquellas épocas.

Porque entonces, en 1345, en París, ya cerebro de Europa, no enseñaba fray Tomás, el de Aquino, luminar de la humana mente. Hacía ya décadas que extraños doctores habían infiltrado peregrinas teorías, en especial sobre el poder civil. Un Marsilio de Padua, un Juan de Janduno, que luego habían sido, por natural lógica, los teólogos de Luis de Baviera en su pravedad herética. En medio de los verdes, dulces campos provenzales, cabe el Ródano, se eleva, pesada, casi siniestra, la mole de la «Cité des Papes». Realmente, debía parecerles a los Pontífices, a menudo, una verdadera prisión; justamente la llamada «cautividad de Babilonia». Quizá en los sauces que bordean el gran río que baja de los Alpes más de un Papa debía buscar, con la mirada, las arpas que en los árboles ribereños del Eufrates colgaban los hijos del Pueblo escogido cuando no atinaban a entonar los cánticos del Señor... Porque todo es angustia en los anales de Aviñón. Todo es lucha, todo es el triste deber de excomunión, echado ora contra un Eckart, ora contra un Ockam..., y siempre, como es inevitable, la consecuencia: la revolución política siguiendo la de las ideas. 1345. Son los años en que se inicia la bufonada, grandiosa y trágica, de Cola de Rienzo, en tanto que el tremendo drama religioso y social no parece inspirar a los genios de su tiempo, como el Petrarca, otra cosa que mordaces sátiras...

1345. Y, entretanto, Cataluña, mejor dicho, la Corona y los Estados de Aragón, ¿qué?

En aquella Europa atormentada, por un momento esta Corona había parecido una reserva. El antecesor del actual rey — Pedro IV —, Jaime II el Justo se había visto honrado con el título, que había transmitido a su sucesor Alfonso IV, de Almirante, Gonfalonero, Capitán General de la Iglesia, en los tiempos en que los almogávares retornaban de la legendaria expedición a Oriente. El aragonés, desde los del de Lauria, era, sin disputa, el primero entre los príncipes marítimos; ¿qué duda hay, por tanto, que su pueblo, en el momento del entenebrecimiento de Europa, constituía una reserva? Por su carácter ibérico — dura estepa —, sus guerreros participaban de la austeridad y de la fortaleza de los castellanos. Por su idiosincrasia levantina, los catalanes sabían del arte, de la elegancia y de la habilidad de los itálicos genoveses, pisanos o venecianos, sin sus típicos defectos ni doblez. Era una feliz conjunción de ascética y de humanismo auténticos.

1345. ¿Respondía, en consecuencia, este pueblo a la misión que podía asumir? ¡Ay, también sus destinos parecían inciertos! Precisamente en aquella fecha cumplían los diez años de reinado de un soberano de gran capacidad, pero duro y cruel un tanto, réplica de su vecino de Castilla. Y que estaba empleado en una empresa, trascendental sin duda, y casi necesaria, pero llevada con excesiva pasión, con inhumanos métodos. Pedro IV emprendía una tarea, en sí la misma en la que hemos visto consagrarse, en el comienzo de las presentes líneas, al preclaro rey Jaime el Conquistador; la trinidad de su Corona, con la absorción de la de Mallorca. Pero aquí con enemigos y métodos harto distintos. El «Ceremonioso» no luchaba ahora para rescatar a la Isla dorada del infiel, sino para unir definitivamente a sus dominios los del deudo que reinaba en aquella, a la vez que en el Rosellón y la Cerdaña. Guerra de cristianos contra cristianos, y con un ensañamiento que la historia debidamente ha juzgado. Y, no obstante

(3) Dante. *Il Paradiso*. Último canto ante la Trinidad augusta. ¡Oh soberana luz, que te levantas sobre las ideas de los mortales, dí a mi espíritu algo de lo que tu parecías, haciendo que mi lengua tenga bastante fuerza para dar a las razas venideras un ligero destello de tu gloria!

PLURA UT UNUM

esto, repitámoslo, los Estados aragoneses constituían, en aquel tiempo, ante la atomización del Imperio, la lucha terrible entre Inglaterra y Francia, y la temporal decadencia de Castilla, una esperanza y una base...

Tal era el panorama general de Europa, tal el de Aragón y Cataluña, cuando lució sobre Manresa la Luz misteriosa... Un día, cuando para regalo de los bienaventurados se descorra el telón de la Historia, y pueda admirarse en ella la labor, tan paciente como sublime, tan gigante como callada, de la Providencia, se verá el sentido misterioso que representaba, y, si incluía predestinaciones, su relación con el momento que en el correr de los tiempos escogía, así como el grado de correspondencia que halló en el humano libre albedrío...

* * *

1522. Otra luz. El heroico capitán, llamado a empresas más altas, escribe un libro bajo la «bauma», y las aguas del río trinitario, reflejan de nuevo la misteriosa iluminación... El presente número de CRISTIANDAD está consagrado, todo él, a poner de relieve el providencial hecho, haciendo descollar su robustísimo contenido en su aspecto más profundo.

El sincronismo con la época —que también será comentado por plumas de más autoridad— es bien conocido del culto lector: cuando San Ignacio iniciaba sus nuevas y santas lides en la ciudad del Cardoner, Europa se agitaba en época que no hace falta ponderar como crucial, puesto que es patentemente una de las más críticas que ha atravesado. Acababa de fallecer León X, que había podido presenciar cómo «aquellas disputas de frailes» que se producían en Alemania tenían espantosa trascendencia. Los estados tudescos saludaban a su santo sucesor, Adriano VI, con una verdadera agitación social, que parecía demoníaco eco de los delirios de Lutero, que en aquel año se despeñaba, definitivamente, hacia el abismo... Y como si arteros humanismos y falsas reformas, con su secuela de anabaptistas y extravagantes, fuesen poco, el enemigo del nombre cristiano, aprovechándose de la disgregación de la Cristiandad, el Turco, avanzaba por el

Danubio y se apoderaba de Belgrado, la siniestra capital, esta «Kitege», avanzada siempre de todos los peligros, y cuya negra predestinación parece repetirse hoy, otra vez, al verse, significativamente, hecha sede de un Kominform donde se trama contra todo cuanto se llama Dios.

1522. También, cuando la Luz iluminaba la predestinada ciudad, España —entonces las Coronas ya estaban unidas y, por tanto, la Gloria del Señor se manifestaba, entera, a nuestra Patria, que no sólo a Aragón y Cataluña— representaba la mejor reserva, el único brazo secular que le quedaba, fiel, a despecho de circunstanciales anécdotas, a la Iglesia. Una, por tanto, nueva Luz. Una nueva Predestinación. Un nuevo motivo también, cuando, en un feliz mañana, allí en lo Alto, se descorra aquel telón, para admirar los caminos de Dios y sus dones, de los que jamás se arrepiente.

Un poco, a nuestra torpe manera, podemos, sobre todo en esta segunda Luz, admirar ya desde ahora aquellos caminos. Toda la historia de nuestro Siglo de Oro es la de muchos españoles que fueron, en medio de sus flaquezas, inherentes a la condición humana, fieles a sus destinos. Y converge con la historia de la marcial Compañía que aquel Capitán egregio formara, haciendo conjuntas, en su privilegiada mente y en su ardiente corazón, las dos estrategias que soñara contra los enemigos espirituales y materiales, y cuya suprema expresión es la meditación de las Dos Banderas.

Dejemos, como decimos, a más autorizadas plumas —las de nuestros maestros— este tema que no puede menos que conmover aquellas de nuestras fibras en las que, por feliz atavismo, vibra, siquiera lejano, un sentir de caballería que nos hace comprender, un poco a la ignaciana manera, toda la atracción de nuestro Rey Cristo que nos llama a sus estandartes. Pero consignemos una vez más el profundo sincronismo de las dos santas Luces con las dos Epocas, objeto de estas cortas y sencillas líneas que con ello no han pretendido sutillar significados, sino ponderar cómo, en todo momento, el marco externo que rodea las cosas de Dios, es digno de ser considerado, pues siempre le presta un vivido relieve, al modo que lo hace el estuche con la joya que lo alberga.

Luis Creus Vidal



Nuevo Templo Parroquial de
Nuestra Señora del Carmen (proyecto)

TORRAS Y BAGES

El misterio de la Luz, de la luz espiritual

AL CLERO Y FIELES DE LA CIUDAD DE MANRESA

Credite in lucem ut filii lucis sitis.

«Creed en la luz, para que seáis hijos de ella.»

(Joan., XII, 36.)

La luz es aspiración del hombre por ser imagen de la Divinidad

¡La Luz! He aquí, amados manresanos, la grande aspiración de todos los seres que tienen vida: todos buscan la luz. Los árboles y plantas se inclinan del lado de la luz; crecen largamente para alcanzar un rayo de sol; levantan sus cabezas más de lo que pueden, se estiran y adelgazan para llegar a la luz.

Los animales con la luz se alegran, cantan y juegan; y cuando les falta, cuando las nieblas invaden la tierra, ellos se ocultan en sus madrigueras, acosados por la tristeza, aúllan las fieras, y las otras bestias se espantan y gritan medrosas; mientras toda la naturaleza se cubre como con una sombra de la muerte, todo cruje, todo gime, como si la falta de luz fuese la peor de las enfermedades.

Y, efectivamente, no hay enfermedad más cruel, más dolorosa, más desesperante que la falta de luz. El horror que siente el hombre por la ceguera sobrepuja todos los demás horrores de la vida. Al pequeñito le asustan las tinieblas, y han de acompañarle para que no alborote con sus chillidos, al hombre formado, privado de la luz no le es posible la alegría, está melancólico hasta que puede ver la luz. Estando a oscuras, fermenta la imaginación, engendra monstruos horrendos, crea escenas fantásticas, y el corazón se altera buscando la luz con frenesí.

El hombre tolera, en ciertas circunstancias, la amputación de las piernas con que camina o de los brazos con que trabaja; en los grandes conflictos que a veces ocurren por males corporales, sabe prescindir de todos los miembros de su cuerpo; mas con la vista parece que llega a confundir la misma vida, y perdería ésta antes que dejarse arrancar los ojos, porque sin éstos no le parece que haya vida, o que la vida es peor que la misma muerte, vida de infierno, sepultada en tinieblas donde habita el sempiterno horror. ¡Oh Luz! ¡Oh Luz! Realmente tú eres la vida.

La luz material es como una imagen espléndida de la divinidad. Y porque nadie puede prescindir de Dios; porque sin Dios es imposible la vida de una criatura racional; porque sin Dios el hombre descende al nivel de las bestias; porque el hombre es absorbido por la confusión cuando la luz del Señor no le ilumina; por esto se hace insostenible la misma ausencia de la imagen divina material, la luz, que tenemos en el mundo.

De aquí que los hombres que no han tenido el culto que enseña la Luz sobrenatural de la Fe, lo hayan prestado a la luz material. Unos adoraron al sol, otros las estrellas, otros el fuego; los mismos herejes modernos, esa impiedad masónica contemporánea, reproducción de cultos muertos en pasados siglos, ese culto falso y ridículo que se ha de ocultar en las tinieblas, procura también deslumbrar los ojos atontados de sus adeptos con la fantástica estrella que propone a su adoración, para calmar

el instinto indestructible de la creencia que vive siempre en lo íntimo del corazón humano.

El diablo, dice San Agustín, que es la mona de Dios, gusta de su disfraz, quiere vestirse de Dios: por esto inspira las humanas supersticiones que van naciendo en todos los siglos; por esto en el siglo XIX ha tenido su superstición masónica, o sea el falso culto de la luz, el cual, en medio de todas sus brujerías, es una apología involuntaria de lo que os estamos escribiendo, amados hermanos e hijos carísimos; está diciendo que la luz es como una imagen espléndida de la Divinidad; sino que la masonería hace lo que han hecho siempre los idólatras, no saben pasar más allá de la imagen, y su tributo de adoración lo pagan a la criatura, cuando ésta, por excelente que sea, sólo ha de servir como medio para llegar al Criador, al omnipotente y eterno Señor de todas las cosas.

En este recto sentido, veneró Moisés la Luz, en la montaña de Oreb ante la zarza ardiente desde la cual le hablaba el Altísimo; así los antiguos creyentes oraban de cara al Oriente, de donde nos viene la Luz; así los profetas inspirados por Dios hablaban de la Luz que había de iluminar el mundo; así, finalmente, en las playas de Egipto, mientras los naturales estaban sepultados en densísimas tinieblas, los hijos de Israel disfrutaban del beneficio de la claridad, porque estaban bajo el dominio del Rey de la Luz, que es el Dios de la Verdad.

Vuestros padres, amados manresanos, veneraron también la Luz que el día 21 de febrero de 1345 les visitó. Estaban en pleno día, los labradores arando y podando sus campos, los menestrales e industriales en sus ocupaciones por las calles y plazas de la ciudad, cuando de Montserrat, que es el Sinaí de Cataluña, adonde fueron a buscar luz e inspiración grandes santos de nuestra tierra y de naciones extranjeras, vieron salir una Luz misteriosa y resplandeciente, que se dirigió a la ciudad, penetró por un ventanal de la iglesia del Carmen, que entonces se acababa de edificar, y la llenó de tales resplandores, que salían fuera por las aberturas. Acudió todo el pueblo a este espectáculo y los frailes también al toque de la campana, y contemplaron entonces el símbolo de la Luz, imagen de la Divinidad: vieron tres clarísimos rayos que salían de un foco y volvían al mismo, y representaban el misterio de la Beatísima Trinidad, el gran misterio de la Divina Naturaleza, de la Infinita substancia, de la Unidad y Trinidad de Dios, el misterio de la Luz, de la Luz espiritual, simbolizada y figurada en la luz material, que ilumina al mundo y le da vida.

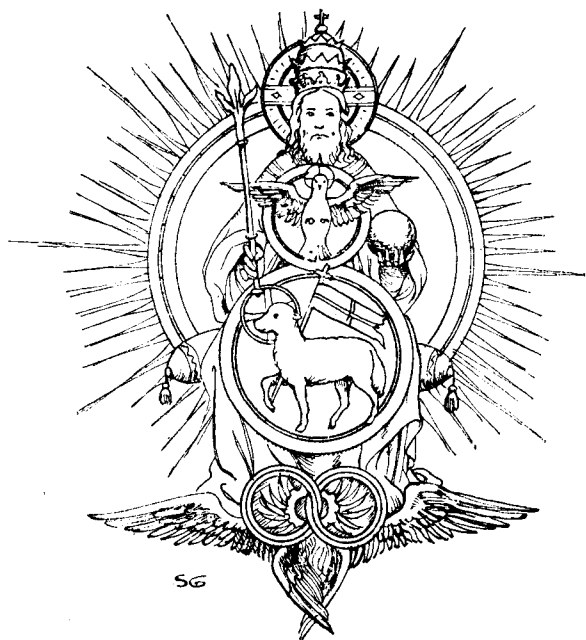
Vosotros, amados hermanos e hijos carísimos, fieles a la tradición de vuestros padres, conserváis la memoria del prodigio y veneráis aquella misteriosa Luz material salida de Montserrat, que a los ojos de vuestros antepasados representó clarísimamente el gran misterio cristiano, el principio fundamental de nuestra fe, la Trinidad divina, Luz única de la Humanidad, porque los hombres que no

creen en la Trinidad viven en las tinieblas del error, se alimentan de la superstición e ignoran todos los grandes misterios de la vida.

¡Cosa admirable! A pesar de que el misterio de la divina Trinidad es el más fácil entre todos los de la Fe, porque es el misterio de la Esencia divina, adonde no pueden llegar las débiles fuerzas de nuestro entendimiento; a pesar de los grandes esfuerzos de la impiedad por otra parte, Dios con su gracia omnipotente quiere conservarlo en la inteligencia de los pueblos, pues vemos a las naciones civilizadas que empiezan sus pactos y tratados internacionales en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La Trinidad es la Luz que todo lo ilumina

Es que la conciencia cristiana está convencida de que toda la luz que ilumina a la Humanidad proviene de la Trinidad Beatísima, que es toda luz, como canta la Santa Madre Iglesia. Del Verbo de Dios, del Hijo eterno, decimos en el Credo que es Luz de Luz (*Lumen de Lumine*). Por consiguiente, el Padre y el Hijo son una misma Luz, por lo cual decía Jesucristo que quien le veía a El veía al Padre; el Espíritu Santo es también la misma Luz, y de El esperamos la inspiración, y al cantar *accende lumen sensibus*, a El pedimos la Luz, porque la inspiración es luz del alma. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son una misma Luz: por esto dice la Sagrada Liturgia en la fiesta de la Santísima Trinidad: «Unidad divina, Luz eterna, Trinidad beatísima, infundid el amor en nuestros corazos-



nes»; pues, según canta inspiradamente un himno del Breviario maronita, el Padre es la inteligencia, el Hijo es la palabra, el Espíritu Santo es la voz; inteligencia, palabra y voz son una misma Luz, y todas tres cosas se necesitan para difundirla. De manera que el hombre, para poseer la verdadera iluminación, necesita del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por consiguiente, el fiel que rehusa a cualquiera de las tres divinas personas queda a oscuras. Así, el Padre eterno dijo señalando a su Unigénito Hijo: «Oídle»; y el Hijo decía a sus discípulos que sólo entenderían la Verdad cuando hubiesen recibido el Espíritu Santo. Realmente,

los hombres no penetraron la palabra divina sino cuando hubo venido el Espíritu Santo, y vino en forma de lenguas de fuego, porque sólo mediante la luz del Espíritu Santo podemos entender la Verdad.

Los hombres estaban a oscuras, sentados en las tinieblas de la muerte, y con la proclamación del misterio de la Beatísima Trinidad, hecha por Jesucristo, el mundo quedó iluminado. El divino Maestro concentraba toda la luz en este excelso misterio; por esto ordenó a sus discípulos que predicasen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; por esto los doce apóstoles fueron las doce lámparas resplandecientes que iluminaron a todo el mundo, porque su predicación se fundaba en la Santísima Trinidad. Todavía, amados hermanos y carísimos hijos, queremos hacer otra observación para declarar cómo la Santísima Trinidad es Luz. La fe católica siempre ha sido la misma: el misterio de la Trinidad, del cual ya poseía indicios la antigua Ley, fué explícitamente enseñado por Nuestro Señor Jesucristo; pero faltaba el trabajo confiado por el Maestro celestial a la Humanidad divinamente organizada en la Iglesia, de coordinar el dogma con la razón humana. Mientras no se concluyó este trabajo inmenso, el mayor que ha realizado la humana inteligencia, fueron grandes las herejías y confusiones en la Iglesia; mas en cuanto los concilios dieron con voz humana, aunque con inspiración divina, la interpretación del gran Misterio, la herejía tuvo que emprender otro camino, o sea el de la rebelión contra la autoridad de la Iglesia. Mas ahora el misterio de la Divinidad ilumina ya de una manera imperturbable a la Humanidad católica, o sea a la Iglesia universal, que sigue las enseñanzas del Romano Pontífice. El Misterio de la Trinidad es el sol de la Santa Fe católica.

El mismo Jesús amabilísimo sería un enigma sin el misterio de la Trinidad, porque sin este dogma adorable no sabríamos quién era el Padre de Jesucristo, ni cuál su Espíritu; mas Jesús no puede ser tinieblas, sino luz, la Luz del mundo, porque es el Verbo, la Palabra, la Sabiduría.

Jesucristo iluminó al mundo porque reflejó sobre él toda la luz de la Divinidad. El era la imagen substancial del Padre y una sola cosa con El; sobre el mismo descansó el Espíritu Santo, y por su divina boca hablaron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son una misma Luz. Por esto la divina persona de Jesucristo la vemos siempre coronada de luz; su misterio es el mismo misterio de la Luz, como lo anuncia a los hombres el evangelista San Juan con voz de arcángel: «Creed en la Luz, si queréis ser hijos de la Luz»; de luz quedó inundada la gruta de Belén al tiempo de su glorioso nacimiento; en la misa de la noche de Navidad canta la Iglesia que, pues el Señor nos revela aquí abajo el misterio de la Luz, nos dé después en la gloria una participación de su felicidad; y añade en la misa del alba: hoy va a brillar la luz sobre vosotros; una luz maravillosa enseñó a los Magos que el Mesías había nacido en Belén; en el Tabor, sus discípulos predilectos le vieron transfigurado en luz brillantísima; al morir en el Calvario se apagó la luz del sol porque padecía el principio de toda luz; y al resucitar, fulguraciones de luz celestial manifestaron su victoria sobre la muerte.

En las iglesias cristianas, aquel sitio donde se guarda el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en el tesoro de la Eucaristía, nunca es lícito que esté a oscuras, sino que la luz material ha de pregonar siempre simbólicamente la presencia de la luz espiritual. Los grandes días cristianos se visten de fiesta con profusas iluminaciones: luz y

gloria significan lo mismo. Por esto en la ciudad donde reina Jesucristo en toda su plenitud y magnificencia, en la gloria eterna, El mismo lo ilumina todo, todo queda revestido de su luz, porque El solo con el Padre y el Espíritu Santo, con quienes forma una sola substancia, es la verdadera luz.

**Participación de esta luz
que tenemos los hombres por la santidad**

Por esto habréis observado, amados hermanos e hijos carísimos, que toda comunicación con Dios, toda relación entre el hombre y Jesucristo, que es el mediador entre Dios y los hombres, es una relación luminosa. Al bajar Moisés del Sinaí salían de su frente dos rayos luminosos, como dos relámpagos, y mientras duró la conferencia del gran legislador de los judíos con Dios Nuestro Señor, toda la montaña parecía encendida. Cuando Jesucristo quiso conquistar a San Pablo convirtiéndolo de perseguidor en apóstol, le rodeó de una luz celestial tan intensa que le dejó ciego. La luz le cegó los ojos de la carne y le abrió del espíritu, bañándole el alma de luz.

Como la Divinidad generalmente se manifiesta por la luz, también a los amigos de Dios, los Santos, los coronamos con una aureola de resplandor. Y no es esto un símbolo solamente, sino también un hecho experimental. Las sobrenaturales comunicaciones de Dios con sus criaturas predilectas, los Santos, se nos presentan en éxtasis luminosos, como si ellos estuvieran repletos de luz y guardados entre nimbos de gloria. Ya cantaba David, el antiguo profeta: «Acercaos a Dios y quedaréis iluminados; toda luz ilumina a los que se acercan a El.» Por esto, todos los cristianos, como hijos que somos de la luz, como amigos de Dios, como ramas injertadas en el tronco místico de Jesucristo, hemos de ser luminosos, hemos de iluminar al prójimo; y nuestro cristiano lenguaje, al reprender al que con sus malas costumbres desedifica a los demás, le dice que da humo en vez de luz.

No hay luz superior a las buenas obras. Nos admiran los cometas que a veces se presentan en la bóveda del cielo lanzando inmensos rayos de resplandor; nos admiramos del sol, que parece dejar encendida toda la tierra; contemplamos con delicia cómo la luna tempera con su luz las tinieblas de la noche; mas en el mundo humano, en el mundo de las almas, la virtud cristiana tiene un poder luminoso muy superior. El heroísmo de la fe en los primeros cristianos; la pureza y castidad de aquellas vírgenes; aquella generosidad con que se desprendían voluntariamente de todos los bienes terrenales y de la misma vida para guardar fidelidad a Jesucristo; aquella fortaleza en los tormentos; la mutua caridad que tenían entre sí; en una palabra, el luminoso espectáculo de la primitiva vida cristiana fué el que curó la mortal ceguera del mundo y lo convirtió a Jesucristo.

En este sentido decía el Señor a sus oyentes, predicando la doctrina de la luz: si tu intención es buena, si tienes simplicidad de espíritu, si te guías por una recta voluntad, toda tu persona será resplandeciente; si tu voluntad es mala, si tus obras son perversas, todo estarás en tinieblas.

La justicia humana es el resplendor de la divina claridad: «Nos has dejado como señalados y sellados con la luz de tu cara, ¡oh, Señor!», dice el salmista. La luz de

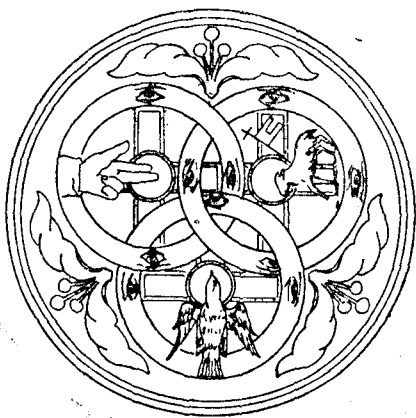
nuestra inteligencia y el resplandor de la rectitud de nuestra voluntad es un rayo que se deriva del foco inmenso de la luz divina. «Tú, ¡oh, Señor!, dice el profeta, ilumina mi luz, es decir, mi inteligencia racional.» Los hombres seguimos a Jesús por la racional inclinación que tenemos a seguir la luz de la Verdad, porque no hemos encontrado luz sino en Jesucristo. En una de las crisis por que pasó el divino Maestro dijo a sus discípulos para poner a prueba su fidelidad: «¿También vosotros queréis dejarme?» San Pedro respondió: «¿A quién iremos si os dejamos a Vos?» Necesariamente hemos de seguir a Jesús, porque El solo es la luz, y si ésta se apaga, quedaría disuelta la Humanidad civilizada; cada hombre, cada sabio, cada legislador, cada filósofo, cada político, enseñaría su camino, nacerían diversas agrupaciones humanas, pero se perdería ese camino universal por donde camina nuestro linaje, el camino real de la Ley de la Verdad. «Herido el Pastor, dice un antiguo profeta, se dispersará el rebaño.» La luz de la Verdad es la que guía y conduce a la Humanidad; por esta luz suspiramos, lloramos al perderla, y toda nuestra esperanza se dirige a una situación en que esta luz nos penetre, eche las tinieblas hasta de los más íntimos senos, y nos deje iluminados y transfigurados en ella.

El pueblo de Israel, mientras atravesaba las ignoradas inmensidades del desierto, se guiaba por las noches siguiendo una columna luminosa que marcaba su rumbo. Aquella columna luminosa era símbolo de Jesucristo y de su Iglesia, que es columna de Verdad, la cual ha de guiar a la Humanidad en la noche de esta vida hasta conducirla al seguro puerto de la Eternidad.

Dentro de la Iglesia brilla en todo su esplendor el Sol de la Verdad y Justicia. Jesucristo es el Sol de toda la Humanidad; pero sólo la Iglesia es el abrigo donde se recoge toda luz y todo el calor con que sus rayos fecundan entre los hombres la vida divina.

Sigan siempre nuestras almas, amados hermanos e hijos carísimos, la luz de la virtud y de la gracia y aborrezcan las tinieblas del vicio e impiedad. Los que obran mal odian la luz; por esto, los que siguen a Satanás, los que militan bajo sus banderas, los que viven prendidos en las redes de las malas pasiones que les dominan y esclavizan como pájaros en el cepo, se irritan contra el Señor de toda pureza y justicia; por esto, aquellos a quienes la soberbia aparta de la Fe, los que no quieren inclinar su cerviz dura y proterva a la obediencia de la palabra divina, son enemigos del purísimo, humildísimo y suavísimo Redentor de nuestras almas, Jesús, Dios y Hombre verdadero. Jesús no tiene indiferentes: tiene amigos o enemigos, porque es luz y la luz consuela, alegre y vivifica los ojos sanos y atormenta e irrita a los enfermos. Por esto dice la Sabiduría eterna que no es posible la alianza entre Dios y Belial, porque no pueden reconciliarse la luz y las tinieblas. ¡Oh Jesús, luz, alegría y fortaleza del hombre! Curad la vista de nuestra alma, libradnos de los vicios, dadnos docilidad a vuestra voz, para que, siguiendo el luminoso camino de la Verdad católica, podamos un día llegar a la ciudad de la Luz infinita, perpetua e inefable, para ser de ella revestidos. Para que así sea, carísimos hermanos e hijos, imploramos sobre vosotros la gracia celestial, y os damos nuestra pastoral bendición en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Vich, 10 de febrero de 1900.



LA LLUM

Con gran satisfacción contribuyo a las fiestas de la *Misteriosa Luz*, con este sencillo comentario de la última estrofa de los famosísimos «Goigs» que con tanto entusiasmo aprendimos desde nuestra más tierna infancia,

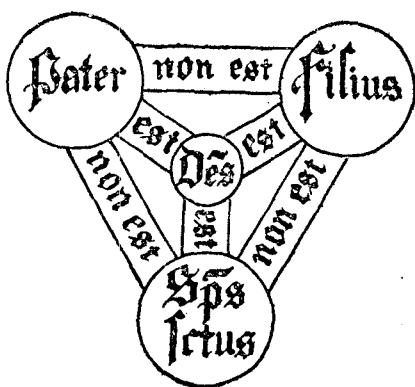
Empieza aquélla adivinando en el prodigio de la «LLUM», o descubriendo en el mismo, algo así como un espejo en donde poder vislumbrar la unidad de la naturaleza divina subsistente en las tres Personas realmente distintas. Tres Personas que solamente se diferencian o distinguen por lo relativo, no por la esencia. El Padre, es el Padre porque engendra eternamente, espiritualísimamente al Hijo. Y Este no es el Padre porque es el engendrado por el mismo Padre. Y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, porque es el Amor substancial y consubstancial y personal que mutuamente se tienen el Padre y el Hijo. «Ego et Pater unum sumus», dijo el Hijo de Dios hecho Hombre: UNUM porque los dos con el Espíritu Santo, tenemos la misma Naturaleza Divina que existe, subsistimos en ella con distinta personalidad. SUMUS, en plural, porque las Personas son distintas que sumadas nos dan el plural

tres. Una sola esencia, una sola naturaleza, pero tres Personas: UNUM SUMUS. No hay contradicción en estos singular y plural, porque una cosa es la naturaleza (en Dios una sola) y otra cosa es la Persona (en Dios tres realmente distintas).

En la «LLUM», contemplaron nuestros antepasados una intensidad de luz en un globo o foco y la misma intensidad de luz en cada uno de los tres focos o globos que en el único que vieron repetidas veces. Las mismas perfecciones infinitas; más claro: la misma única naturaleza divina, infinita eterna. La misma única divinidad o substancia viva, perpetua, omnipotente, infinita, presente en todas partes.

Termina la estrofa con algunas exclamaciones de admiración sobre lo encubierto y profundo del Augustísimo Misterio, Misterio que ha de ser un deber para todos mis compatriotas poder adorar muy pronto, en el magnífico templo que se está reedificando y en el que podamos exclamar a pleno pulmón, con nuestra Santa Madre la Iglesia Católica: «Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto» y ese será el óptimo fruto de este centenario que dejará una estela de gloria a las futuras generaciones.

Francisco de P. Llorens, S. I.



Goigs de la misteriosa Llum



I
 Mer l'aigua que passava
 per les terres del Bisbat,
 en gran entredit estava
 aquesta noble Ciutat;
 set anys continuament
 durà semblant desventura
 fins que arribà la cura
 de mà de l'Onnipotent.



II
 Aquella Llum resplendent,
 tan gentil, tan clara i pura,
 la Trinitat ens figura
 misteri tan excel·lent.



III
 El Bisbe, que visitava
 en Sant Rong prop Sampedor,
 el gran entredit aigava,
 oint el cas amb fervor;
 plorant molt amargament
 de genolls en terra dura,
 diu: jo no vull més rotura
 amb mon poble ni ma gent.



IV
 Poc abans que fou migdia
 sent el temps clar i serè,
 veren la Llum que venia
 per rescat de nostre bé:
 de Montserrat certament
 partí tan alta ventura
 perquè la Verge procura
 sempre el bé de la gent.



V
 Estant la gent impensada
 de un cas tan singular,
 la Llum Santa i delicada
 al Carme s'en va entrar;
 tots hi anaven corrent,
 a ciutat ningú s'atara,
 veren la Llum en l'altura
 de la clau més preeminent



VI
 La distinció que féu
 es mirall molt vertader,
 tres persones i un sol Déu,
 un ser, voler i poder;
 Oh encobert ornament!
 distinció i juntura!
 Oh difícil tancadura!
 Oh profundo fonament!



Moderat
 A-que-lla Llum res-plen-dent,
 tan gen-til, tan cla-ra i pu-ra,
 la Tri-ni-tat ens fi-gu-ra Mis-te
 ri tan ex-cel-lent.

Poc a-bans que fou mig di-a sent el
 temps clar i se-rè, ve-ren la Llum
 que ve-ni-a, per res cat de nos-tre
 bé: de Mont-se-rrat cer-ta-ment
 par-tí tan al-ta ven-tu-ra, per-que la Ver
 ge pro-cu-ra sem-pre el bé de la gent



VII
 Una part en gran claror
 entrà dins la Trinitat,
 l'altre a Sant Salvador
 de conssemblant igualtat;
 l'altre sens fer moviment,
 en la clau restà segura;
 de sobres de gran dolçura
 plorava la demés gent.



VIII
 Verbo Domini coeli firmati sunt
 Et spiritu oris ejus
 omnis virtus eorum



Omnipotens sempiternus Deus,
 qui dedisti famulis tuis, in confe-
 sione verae fidei, eternae Trini-
 tatis gloriam agnoscere, et in poten-
 tia majestatis adorare Unitatem:
 quaesumus; ut, ejusdem fidei fir-
 mitate, ab omnibus semper muni-
 amur adversis. Per Christum Do-
 minum nostrum. R. Amen.



IX
 Les campanes repicaven
 sens que ningú les tocàs,
 els frares a Déu lloaven
 per tant extremíssim cas;
 aleshores en continent,
 la Llum de nostra ventura
 isqué dalt per l'obertura,
 restant el poble content.



GOZOS DE LA MISTERIOSA LUZ DE MANRESA

El dibujo de los «Gozos» que publicamos es debido a JUAN VILANOVA y editado magníficamente por la Comisión Organizadora de fiestas Conmemorativas de la Misteriosa Luz en el folleto del programa de actos.

De las revelaciones que tuvo Ignacio en Manresa

La peligrosa y sangrienta batalla y esclarecida victoria del capítulo pasado fué el principio de las mayores gracias de Ignacio y de los grandes favores que Dios le hizo por todo el discurso de su vida, visitando, alumbrando y regalando con increíble suavidad y dulzura la divina misericordia y bondad a aquella ánima pura y santa que por su amor tan rigurosamente se afligía, y tan a la continua se vencía. Porque es estilo ordinario de la providencia de Dios consolar y regalar las ánimas al paso y proporción que ellas se mortifican y afligen; y así cuanto es mayor y más terrible la tormenta de la tribulación, tanto es más cierta y más colmada de dulzura la divina visitación: de que tenemos en las divinas Escrituras muchas autoridades y muchos ejemplos, y en las vidas de los santos: y de este género son los que de nuestro Beato Padre pondremos en este capítulo; conviene a saber, los favores y visitaciones extraordinarias que Dios le hizo por este tiempo en Manresa.

En esta ciudad hay una ermita dedicada a San Pablo (primer ermitaño) sobre el río Cardoner (1). Yendo, pues, un día entre otros a esta ermita y parándose sobre el río, se le abrieron los cielos, como a Ezequiel junto al río Cobar (Eccli, 1, 1) y vió visión de Dios, esto es, hañó Dios y esclareció los ojos de su alma, sin atravesarse imagen alguna sensible, con una luz tan desacomtumbrada y poderosa, que en un momento le dió a conocer muchísimas y altísimas cosas, aun sobrenaturales de los misterios de nuestra santa fe, como de las ciencias naturales, que con grande estudio y trabajo a duras penas alcanzan excelentes ingenios al cabo de muchos años: y fué tal la avenida de aquel río caudaloso de conocimiento, que dijo el B. P. Ignacio, que en el discurso de su vida hasta los sesenta y dos años de ella (y debió decirlo en aquella edad) juntándose todo lo que por estudio, por experiencia, por revelación, había recogido, no llegaba a lo que en aquella orilla del río, esta vez, Dios le había comunicado.

Donde se ve cuán eficaz magisterio es el del Espíritu Santo y cuánto más bien libra a quien Dios enseña, que quien por aprender trasnocha y madruga: *Bedtus homo quem tu erudieris, Domine, et de lege tua docueris*. Vuelto en sí de este arrobamiento y suspensión, que duró buen espacio, se postra delante de una cruz que estaba cerca, reconociendo aquel inmenso beneficio, como fruto de aquel árbol divino del Paraíso, de la ciencia del bien verdadero para nosotros y del mal de pena para quien le quiso regar con su sangre preciosísima. ¡Cuál quedaría el B. P. Ignacio después de aquella visitación del cielo! Todas las cosas del cielo y de la tierra le parecían otras, como las miraba con otra luz y con otros ojos (2).

A sí mismo se desconocía, viéndose tan mudado y mejorado de improviso: pero el Demonio no le desconoce, antes viéndole con tal acrecentamiento de dones y de

N. 1. Por equivocación manifiesta, dice el Autor, que la capilla estaba dedicada a San Pablo Apóstol, y se extiende en consideraciones propias del celo del Apóstol de las Gentes. Mas el eremitorio está dedicado a San Pablo, primer ermitaño, como que fué fundado el año 1412 por ciertos varones anacoretas, que obtuvieron el lugar y terreno adjuntos para ejercicio de la vida contemplativa, colocaron en el nuevo altar las imágenes de Nuestra Señora y San Pablo, primer Ermitaño. En 1472 pasó la propiedad a los monjes de Poblet, y en 1700 a la de los PP. de la Compañía de Jesús (véase *San Ignacio de Loyola*: T. II. Gloria Póstuma, c. VI. El Eremitorio de San Pablo, págs. 142-149, Creixell, S. J.).

N. 2. Quien considera, por una parte, la escasa educación ascética que el santo peregrino de Loyola tenía en llegando a la ciudad de Manresa, cuando comenzó a dar los primeros pasos por el camino de la perfección evangélica y la compara con el estado de mística contemplación e íntima unión con Dios nuestro Señor a que fué encumbrado al cabo de diez meses de su estancia en Manresa; no podremos menos de confesar con la Sagrada Rota que tuvo para ello un conocimiento y una nación sobrenaturalmente infundidos. Ningún magisterio humano, por

ciencia, con ojos tan abiertos, toma la figura que en el principio del mundo tomó para engañar a los primeros hombres, con el cebo de la curiosidad y codicia y saber, y en ella ahora se le aparece en el aire a Ignacio en forma de culebra resplandeciente y llena de ojos, pretendiendo engañarle y darle a entender que aquellos nuevos ojos interiores que había alcanzado eran efecto de estos hermosos y lustrosos que veía en la de fuera. Que estas son las artes de la astuta serpiente; aprovecharse de la ocasión y andar atento, haciendo contraminas a los designios soberanos y obras de la divina bondad y providencia; pero en valde, porque a Ignacio le quedaron de esta vez tan abiertos los ojos del alma y tan de lince, que luego echó de ver cuán ciegos, oscurecidos y feos eran los que tanto resplandecían.

Y así, ni aun se dignó de volver los ojos a mirarlos. Habiéndosele muchas veces aparecido esta monstruosidad y vistosa figura, causándole contento con su presencia y dejándole muy descontento cuando desaparecía. Apareciósele después aquí en Manresa, y por los caminos en París y en Roma: pero de esta vez, con la lumbre del cielo y con la virtud de la Santa Cruz, quedó tan superior a la maldita serpiente, que con el báculo que traía en la mano, o con la misma mano, le arredraba de sí, con grande facilidad y señorío. Que tal como este es el que Dios da sobre los Demonios a los hombres tanto inferiores en la naturaleza, que con la divina gracia se hacen esclavos de Jesucristo Crucificado.

Otra vez le reveló Dios nuestro Señor en una forma oculta y maravillosa manera, la que su incomprendible sapiencia había tenido en crear el mundo. Oyendo misa en la iglesia de los Padres Dominicos, al tiempo que el sacerdote alzaba la hostia, vió clarísimamente cómo Cristo nuestro Señor, verdadero Dios y hombre, estaba debajo de aquellas especies sacramentales. Aqueste mismo Señor se le aparecía muchas veces en la oración y regalaba, sobre todo lo que se puede decir y pensar; ni más ni menos su Santísima Madre. En cuya devoción y reverencia iba de cada día creciendo Ignacio, acordándose de estos beneficios y regalos, y de que todos ellos y todo su bien tuvo principio en su santísima casa de Montserrat (3).

Y a la intervención de la piadosísima y graciosísima Señora, podemos atribuir aquel rapto tan largo y mara-

santo y experimentado que sea, es capaz de transformación semejante. ¿A quién, se debió, pues, sino al magisterio único de Dios nuestro Señor? Así lo confiesa el mismo Ignacio en su autobiografía, diciendo: "En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle; ciertamente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera: antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina Majestad."

Muchos confesores tuvo, a la verdad, el peregrino Ignacio; como Chanoines los tres días que estuvo en Monserrat, el prior de los Dominicos del Convento de San Pedro Mártir mientras vivió con ellos en Manresa, el prior del eremitorio de San Pablo, Agurreta, y el celebre predicador de la Seo al comenzar la batalla de los escrupulos... mas director espiritual que le dirigiera en el camino de la santidad uno sólo tuvo, el mismo Dios nuestro Señor, que le guiaba como un maestro de escuela a un niño, de tal suerte, dice Ignacio, que: antes si dudase en esto pensaría ofender a su divina Majestad.

N. 3. Claro está, que hablando con propiedad, la conversión de San Ignacio comenzó con la comunicación de las gracias *gratis datas*, cuando se halló en trance de muerte, estando enfermo en Loyola: por ejemplo con la aparición de San Pedro, con la curación rápida la noche en que se halló de mayor peligro, y con la regalada merced de nuestra Señora con su bendito Hijo en sus brazos; y aun más lejos, cuando como San Pablo camino de Damasco, cayó en tierra herido por la bala del cañón en el sitio de Pamplona (20 de mayo de 1521); pero como quiera que el mismo Ignacio quiso manifestar su completa conversión al servicio divino con la solemnidad de la investidura de las armas de Cristo en Montserrat (25 de marzo de 1522); podemos, como el P. Gabriel Alvarez, afirmar que todos los regalos y beneficios celestiales y todo el bien espiritual de nuestro Padre S. Ignacio tuvieron principio en la santísima Casa de Montserrat.

viloso que tuvo en esta Ciudad, pues comenzó y se acabó en sábado, día dedicado al culto de la Reina del cielo. Un sábado, pues, a la hora de completas, se quedó enagenado totalmente de sus sentidos hasta el otro sábado siguiente a la misma hora, y fué tal el enagenamiento, que algunas personas virtuosas que le reconocían a menudo en aquel intermedio, le tuvieron por muerto, y como a tal trataban de enterrarlo; y de hecho lo hubieran enterrado, sino que tentado con mucha curiosidad y advertencia el cuerpo, advirtieron un sutil latido del corazón, y con esto asegurados de que vivía estuvieron aguardando en qué paraba el éxtasis tan extraordinario. Al fin, al cabo de una semana cumplida, estando muchos presentes que habían acudido a la fama del caso y del que la tenía de Santo, como quien despierta de un profundo sueño abrió de improviso los ojos y dijo con grande suavidad y ternura: «¡Ay, Jesús!» Aquesto se supo de personas fidedignas que se hallaron presentes: que es de los más extraordinarios atrobamientos que sabemos haber acaecido a los santos.

En sábado comenzó y en sábado acabó; y aunque no se sabe en particular qué vió por espacio de tantos días aquella alma pura, tan divorciada del uso de sus sentidos (que el Santo y humilde Padre calló esta visita siempre), licencia nos da la cosa para echar la cuenta muy larga, y cualquiera que echáremos sospecho que quedara corta; y pues fuera de lo dicho, lo que decirse puede no es más que conjetura, yo la dejo a la pia consideración de cada uno. Sólo diré que para el siervo de Dios fué verdaderamente Sábado: aquel sábado que no saben a lo que sabe sino los que sirven y honran a Dios que es espíritu, en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado. Y como la vigilia había sido tan larga, tan ayunada y tan llorada como vimos, sin duda ninguna el regocijo de la festividad fué singularísimo, pues según el alma se aflige por su Dios, este liberalísimo y piadosísimo Señor y Padre le favorece y regala.

¡Oh, cuántos bienes celestiales y regalos divinos pierden los que sirven a Cristo, por no renunciar del todo a los gustos de la tierra! Como lo hacía nuestro Beato Padre, que no sólo no perdía lance ni ocasión de vencerse y negarse, sino que los iba buscando con la codicia y ansia que los hombres del mundo van tras el placer y entretenimiento mundano. Todo el suyo tenía puesto Ignacio en penitencias, mortificaciones interiores y exteriores y en la consideración de las cosas que el tiempo no puede consumir; ni los hombres pueden dar o quitar, holgado y fiado de solo Dios; y así el Señor, que a nadie falta, sirve a quien más se fia de su liberalidad y largueza, y la usó en Manresa con este su siervo colmadamente.

Porque fuera de todas las visiones y revelaciones dichas, tuvo otra singularísima andando en una procesión: porque en ella vió la más alta y larga procesión que hay, ni puede haber, que es cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, con procesión también eterna: siendo tres personas entre sí realísimamente distintas, iguales en todo y por todo, consustanciales con una misma sustancia y simplísima naturaleza, la vista de este altísimo e inefable misterio de la beatísima Trinidad, aunque no fué clara (que esa no es de los desterrados hijos de Eva, sino de los ciudadanos de Jerusalén), pero fué tan admirable y tan sobre el curso ordinario de conocer este misterio, que quedó su entendimiento, tan ilustrado con esta luz y ella tan apoderada de él que por todo aquel día no sabía hablar ni pensar en otra materia, sino en esta. Y trataba de ella con palabras, comparaciones y figuras que excedían a lo que de este misterio en escuelas se dice y enseña, y son como enseñado por

el que a solas es y quiere ser maestro. Y salió Ignacio de sola esta lección tan gran estudiante y discípulo en esta materia, que podía ser maestro de muchos que con largos estudios y trabajos han alcanzado este nombre. Con ser hombre tan lego, como se ve, escribió entonces un grande libro de este divinisimo misterio, y aunque él puso de la mejor manera que supo lo que de él entendía, pero no pudo dar alcance la pluma y lengua al entendimiento, que volaba muy más alto.

Con estas y otras semejantes comunicaciones del cielo llegó nuestro B. P. a tal punto de firmeza y seguridad en la materia y artículos más arduos de nuestra santa Fé, que decía él, que si no estuviesen en las divinas Escrituras, o estas se perdieran (aunque no puede ser), el no dudara de ellos, ni de perder por ellos la vida. Aquesto decía Ignacio, e yo no dudo de ello, porque no dudo que estas revelaciones hayan sido de Dios; y cuando lo son traen consigo vinculada la certeza y seguridad de que son verdaderas y nacidas de la fuente de la primera verdad infalible.

De este mismo enseñamiento y unción interior del Espíritu Santo nació todo aquel librito que todo es oro y piedras preciosas de los Ejercicios Espirituales. Así que a Manresa debemos los de la Compañía de Jesús y otros muchos este Tesoro celestial. En esta mina se creó y fraguó; de aquí salió este oro potable, que a tantos ha dado vida y salud; cuyos admirables efectos y casi milagrosos, no caben en tan estrecho lugar como es el presente; sólo fué necesario advertir su origen y nacimiento, como lo advirtió el P. Pedro de Ribadeneira en el libro primero de la vida de nuestro B. Padre en el cap. VIII, que es todo de este argumento, y muy a propósito para que cobremos más devoción a Manresa, en la cual hizo Dios tantas mercedes a nuestro Padre y en él a todo el mundo, y muy especialmente a la Compañía de Jesús, la cual fué concebida en esta ciudad, como la apuntamos (Proemio de este libro), y el P. Ribadeneira lo apunta en el capítulo VII del 1.º, aunque vino después a nacer en Roma; y aquí Dios dió al Santo Padre con que recién nacida la pudiese sustentar y llevar a la robusta y fervorosa adolescencia en que la vió y dejó.

Por donde el bienaventurado varón por toda su vida y más viéndose Preósito de la Compañía, se acordaba muchas veces y hablaba con mucho sabor de Manresa, llamando a aquel dichoso tiempo su *primitiva iglesia*; aludiendo a la abundancia de gracias y dones que el Espíritu Santo derramó sobre la Iglesia de Cristo, con largueza singular, en su principio y nacimiento. Y atento a lo que Dios dió, en esta parte, a este su siervo, por la mayor parte lo ordenaba con su soberana providencia a hacerle idóneo fundador de la Compañía; bien podemos decir que en Manresa se abrieron las zanjias y se echaron los cimientos de este tan grande y suntuoso edificio, que ahora vemos y gozamos. Así que Manresa es de donde originalmente nace la universal Compañía de Jesús (4).

N. 4. Preguntado San Ignacio por qué había establecido, para probar la vocación de los que quieren entrar y vivir en la Compañía de Jesús, los seis experimentos: a saber, la práctica de los Ejercicios Espirituales completos, el mes de oficios humildes, de asistencia a hospitales, la peregrinación sin viático ninguno, la enseñanza del catecismo y la predicación apostólica; respondió que en estas mismas experiencias Dios le había probado a él en Manresa; y en las mismas fueron probados también sus primeros compañeros al fundar la Compañía de Jesús.

Entre dichas pruebas es, sin duda, la primera la más importante; ya que el espíritu que informa los Ejercicios Espirituales es el mismo que ha de informar a todos y a cada uno de los hijos de la Compañía y a todos y a cada uno de sus ministerios: de suerte que en las reglas dadas por S. Ignacio al Maestro de Novicios (y lo mismo digamos del Instructor de tercera Probación), si le permite mudar alguna de las experiencias aunque rara vez y no sin permiso del Provincial) de ninguna manera se le permite prescindir de la práctica de los Ejercicios Espirituales, completos y perfectos: según el modo y orden establecidos por el Santo, en su precioso libro de los Ejercicios.

Capítulo VI del Manuscrito inédito del siglo XVI del P. Gabriel Alvarez, SAN IGNACIO DE LOYOLA, en Montserrat, Manresa y Barcelona. (Historia en la Provincia de Aragón de la C.ª de Jesús)

Numismática Papal en Aviñón

Otra de las características de las monedas papales acuñadas en Aviñón, según dijimos ya en el núm. 68, es la de las monedas de *Sede Vacante*. En efecto, la primera moneda de Sede Vacante aparece en Aviñón; si bien es verdad que en las primeras faltan detalles que faciliten su clasificación, no es así en las demás, pues con el tiempo han llegado a tal perfección que no hay ninguna dificultad para distinguir el año en que fueron acuñadas.

Para mayor claridad en su clasificación las dividiremos en tres secciones, a la manera que son divididos los Bolos de plomo pontificios, y así como en éstos por falta de detalles dificulta al principio a cual Pontífice pertenecen, lo mismo hay que decir en las monedas de referencia; no obstante, no dejaremos de apreciar sus épocas, tanto en sus primeros tiempos como en tiempos posteriores.

A la primera sección pondremos las monedas que en el anverso su leyenda dice «Sede Vacante», y el grabado es una mitra con las llaves (de Pedro) entrelazadas; en el reverso hay una cruz con una leyenda que dice «Sanctus Petrus».

A la segunda sección figuran aquellas que en el anverso dice «Sede Vacante», con la impronta del escudo de armas del Cardenal Camarlengo; además, hay las llaves, y en vez de tiara un pabellón, o sea el signo de Basilica; muchas de ellas llevan ya el año de su emisión (la primera de esta serie es del año 1550, acuñada a la muerte del Papa Paulo III); en el reverso dice «S. Petrus Apostolus. Anco» o bien «S. Paulus. Ancona», con alguna figura.

En la tercera sección hay que estudiar las monedas acuñadas con todo detalle, a saber: En el anverso dice «Sede Vacante MDCLV», escudo heráldico del Cardenal Antonio Barberini, pabellón y las llaves de Pedro; en el reverso el Espíritu Santo en forma de paloma, con lenguas de fuego y una leyenda que dice: *Infunde amorem cordibus - Roma* (cito la presente, pues a la manera de ésta fueron acuñadas las demás). Hecha esta división vamos a decir algo sobre cada una de ellas.

Las monedas pertenecientes a la primera sección tienen muy pocos detalles; como en toda clase de monedas hasta el siglo XVI no pusieron en ellas sus fechas correspondientes, de aquí la gran dificultad en poder apreciar si la primera fué acuñada en la Sede Vacante del Papa Urbano V (1370), o a la de Gregorio XI (1378); además, aumenta la dificultad el no haber tampoco ningún escudo ni signo particular; no obstante, por la semejanza con las monedas de Urbano V, parece pertenecer al año 1370, según opinan Cinagli y Scilla, quienes se fundan en posteriores monedas acuñadas al estilo, o valiéndose de algún molde o troquel del Pontífice difunto.

Las de la segunda sección también sin fecha; con todo y figurar en ellas el escudo de armas del Cardenal Camarlengo, como se dió el caso de que un mismo Cardenal figuró, como Camarlengo, en varias Sedes Vacantes, resulta de aquí una confusión en determinar muchas veces a qué Papa corresponde.

Cuando ya se puso la fecha junto con el escudo heráldico, quedó solucionada tal dificultad; y esta es la serie que corresponde a la tercera sección en la clasificación que hemos adoptado.

Elegido el Papa Martín V, por el Concilio de Constanza, con cuya elección quedó terminado el Cisma de Occidente, pasóse del año 1417 al 1521 sin acuñarse ninguna moneda Sede Vacante; la razón parece ser que, cuando de la defunción de un Papa a la elección de otro había un intervalo de pocos días, por regla general, no se acuñaban monedas, y esto nos demuestra el porqué habiendo fallecido 60 Pontífices desde Urbano V hasta nuestros días,

tan sólo en 40 Sedes Vacantes han sido acuñadas monedas (incluyendo en este número alguna de incierta).

Una de las cosas más importantes en esta serie de monedas, es el estudio de los escudos heráldicos de los Camarlengos; y las leyendas de invocación al Espíritu Santo para la acertada elección de los Papas, durante los cónclaves. Aquí vemos cómo la Iglesia en todas las ceremonias invoca al Santo Espíritu, enseñando con esto a todos los fieles la devoción que se debe profesar a la tercera Persona de la Trinidad Santísima, a la cual debemos los dones y frutos que recibimos en el día de nuestra Confirmación, y de ellos tan olvidada la actual sociedad.

Las leyendas de referencia son como a continuación se expresa:

Auxilium de Sancto.
Accende lumen sensibus.
Da recta sapere.
Dabitur vobis Paracletus.
Emitte Spiritum tuum.
Illuminet corda nostra.
Infunde amorem cordibus.
Mentes tuorum visita.
Non vos relinquam orfanos.
Ubi vult spirat.
Vado et venio ad vos.
Veni lumen cordium.

Referente a la heráldica, o sea a los escudos de armas que figuran en esta serie de monedas, pasaremos por alto su estudio; pues, en un artículo tan reducido, como el presente, no es del caso un trabajo tan minucioso; solamente para dar alguna idea diremos que los escudos de referencia no fueron siempre diferentes, pues los Cardenales Ascanio, Gaetani, Aldobrandini, Barberini, Albani, ocuparon cada uno de ellos el cargo de Camarlengo en cuatro Sedes Vacantes consecutivas, y, por lo tanto, el mismo escudo de armas figura cuatro veces, o sea en cuatro Papas difuntos. Lo mismo hay que decir con el escudo del Cardenal Altieri, que figura tres veces, por haber sido tres veces Camarlengo. Algunos lo fueron en dos cónclaves y los demás tan sólo una vez.

En esta serie de monedas hay que hacer notar que solamente una vez coincidió la Sede Vacante en tiempo de Año-Jubilar, el caso es tal como a continuación se expresa.

Cuando en la relación de los «Años-Jubilares» tocaba por orden el décimosexto Jubileo general, el Papa Inocencio XII, quien ocupaba en aquel tiempo la silla apostólica, tocóle a él promulgar el Año-Jubilar de 1700; fué este Jubileo promulgado y abierto por un Papa y clausurado por otro; en efecto, por la Bula «Regi Saeculorum» en 28 de mayo de 1699 fué promulgado el Jubileo, pero, debido a los achaques del Papa, no pudo él mismo en persona abrir la Puerta Santa, siendo ya de mucha edad y lleno de dolencias, en 27 de septiembre del siguiente año, falleció.

La Sede Vacante duró dos meses y durante este intervalo de tiempo fueron acuñadas las monedas de Sede Vacante, siendo el Camarlengo el Cardenal Juan B. Spinola.

En 23 de noviembre subió al solio pontificio Juan Francisco Albani, quien clausuró el Año-Jubilar. Este Pontífice tomó el nombre de Clemente XI por haber sido elegido Papa el día de San Clemente I, Papa y Mártir.

Confirman una vez más la precedente relación lo que nos dicen las tres monedas que a continuación se detallan:

1.ª En el anverso dice «Innocen. XII. Pont. Max. A. IX»,

COLABORACION

hay el busto del Papa con camelaucum o frigium que le cubre la cabeza «Anno Jubilei MDCC».

En el reverso hay la *Puerta Santa abierta* con dos ángeles al lado.

2.^a En el anverso dice «Sede Vacante MDCC», hay el escudo de armas del Cardenal Gio Battista Spinola, hay pabellón y las llaves de la Iglesia cruzadas.

En el reverso dice «Non vos relinquam orphanos. Anno Jubilei», hay el Espíritu Santo en forma de paloma y un escudo de armas pequeño que es el del presidente de la ceca.

3.^a En el anverso dice «Clemens XI. Pont. M. A. I.», hay el busto del Papa con camelaucum.

En el reverso dice «Clausit Anno Jubilei. MDCC», hay la *Puerta Santa cerrada*.

La serie de monedas papales que se refieren a los Años Jubilares será materia para otro artículo.

Como pueden ver nuestros lectores, cada serie de monedas que vamos estudiando prueba una vez más lo que hemos dicho ya tantas veces: La Numismática Papal, como monumento arqueológico, es un auxiliar muy poderoso para la Historia Eclesiástica.

* * *

Ya que en el presente artículo se ha hablado de los Bolos de plomo pontificios, y en Aviñón no tan sólo la Curia Papal, sino también los Papas y los antipapas se sirvieron de ellos en sus Bulas, daremos aquí, a manera de digresión, una pequeña explicación de dichos Bolos.

Su clasificación está dividida en tres periodos, a saber:

Primer periodo: desde el Pontificado de Adeodato I al Pontificado de Dámaso II (615 a 1048).

Segundo periodo: desde León IX a Pío II (1049 a 1464).

Tercer periodo: desde Paulo II hasta nuestros días.

En el primer periodo ponen los plomos que en ellos no figura el número ordinal correspondiente a los Papas que tienen el mismo nombre; además, no hay ninguna señal especificativa; se distinguen por su tamaño pequeño y el nombre del Pontífice está en genitivo, y en igual caso la palabra Papa.

Los del segundo periodo, durante los 50 primeros años no tienen un tipo definitivo, pero lo adquieren ya desde el Papa Pascual II; su característica está en que los nombres de los Pontífices son puestos en nominativo con su número ordinal correspondiente; en el reverso hay en relieve muy pronunciado las cabezas de los Príncipes de los Apóstoles, en forma muy arcaica.

El tercer periodo es semejante en todo al segundo, pero las cabezas de S. Pedro y S. Pablo son muy expresivas.

Los plomos que usaron los Pontífices León XIII y Pío X tienen forma antigua, no obstante, no les falta detalle alguno.

De todo lo dicho, se deduce que los plomos pontificios son anteriores a las monedas papales, pues éstas empiezan en el año 731 y aquéllos en 615; además, los Papas los usaron aún cuando no tuviesen Poder Temporal, por tratarse de una cosa exclusivamente eclesiástica. La ventaja de los Bolos, bien clasificados, está en que tan sólo examinando los plomos se conoce la época en que fué expedida la Bula pontificia.

Juan Tolosa, Pbro.

NOTA BENE. — En la pág. 41 del n.º 68 de la presente Revista, en la línea diez del penúltimo párrafo dice: *este año ha querido el Papa, — ha de decir: en el año 1946 quiso el Papa* — En la línea 12 dice: *Su Santidad ha expresado al — ha de decir: Su Santidad expresó al*

Roma y el Papa en los escritos de Cervantes

Camino de Roma han pasado por nuestras tierras venerandos Prelados en santa y obligada peregrinación.

Los hemos acompañado por las vías romanas, bautizadas con sangre cristiana, hasta las tumbas de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo: la Cruz y la Espada, escudo de armas de todo buen cristiano.

Con la de ellos subía en olor de suavidad el incienso de nuestra oración, para luego verlo descender en lluvia de gracias ante los pies beatísimos del que es encarnación viva de la Cruz y la Espada.

Lluvia de gracias, decimos, porque, cuanto más lo consideramos, venimos con más insistencia a reducir a eso el rico contenido de las augustas palabras del Sumo Pontífice: *España, mi amada España: ahora los consuelos Nos vienen de España*.

Yo no dudo que mientras extendía sus beatísimos brazos a cada uno de los venerables *Hermanos españoles* sentiría el corazón de Su Santidad algo así como una oleada de millares de corazones españoles que deseaban penetrar en el suyo amantísimo.

A estas horas habrán rebasado con mucho los 200.000 de todas razas que hace poco más de un año clamaban ante las puertas del Vaticano contra el odio y la calumnia: Con Cristo y con la Iglesia (1).

La fidelidad hacia nuestros carísimos Prelados nos obliga a demostrar la sinceridad de los sentimientos. Piensen, pues, en el Papa las inteligencias todas de nuestra Patria, preparando los años jubilares que se acercan,

(1) Vid. en CRISTIANDAD, n.º 70, nuestro artículo «Con Cristo y con la Iglesia».

amen ardorosamente los corazones todos, y hablen de nuestro glorioso Pontífice las plumas y lenguas españolas.

Sintiendo la debilidad de nuestra voz, que quisiéramos llegara a oídos de aquellas plumas que Dios adornó con tanto colorido, de las que, sin embargo, algunas han borrado tal vez el amarillo y blanco: el de la paz santa y el del amor encendido a Cristo y a su Iglesia, nos acogemos a la potente y robusta de estas columnas, que llegan a uno y otro confín.

Y para que sea a la vez simpática y atrayente a toda alma española, incluyendo, oh Señor, las que no están en el verdadero redil, he pensado cubrir, aunque no con la fortuna que deseara, los bajos quilates de la mía, con la para todos agradable de nuestro glorioso Manco de Lepanto.

Roma

Decir que la Roma de Cervantes es solamente la Roma de arcos rotos y derribadas termas, de grandes anfiteatros y magníficos pórticos, de calles y montes famosos, de murallas y alrededores históricos, sería desfigurar la Roma de Cervantes. Su Roma es algo más. Es la Roma de templos y reliquias; es la del famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos mártires que en ellas tuvieron sepultura; es la Roma que ostenta la autoridad del Colegio de Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice; es la Roma que es Cabeza y Centro de toda la Cristiandad; es la reina de las ciudades y señora del mundo, pero no por sus edi-

ficios ni por la exuberancia o poesía de sus alrededores. Si así fuera, no afirmaría que Nápoles es «ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo».

Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera, nos va a describir en su viaje a la Ciudad Eterna la Roma de Cervantes. Está en las primeras páginas de su historia.

Después de pasear cuatro admirables días por Florencia, «luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandès, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unos a otros, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad, sobre todas las de otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de los montes dentro de sí misma; el Celio, el Quirinal, el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó, y puso en su punto».

Si queremos, no obstante, penetrar los sentimientos que anidarían en su corazón a la vista de la Ciudad Santa, trasladémoslos al final del cap. III del libro IV de «Persiles y Segismunda» y sigamos a los devotos peregrinos protagonistas de la novela, que: «llegando a la vista de ella, desde un alto montecillo la descubrieron, e hincados de rodillas, como a cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que, con lágrimas en los ojos, comenzó a decir de esta manera:

*«¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.
Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino;
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y desnuda planta.
La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.
No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.»*

Y al entrar en ella por la puerta del Pópulo besaría «una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa».

No nos quepa la menor duda que ésta es la auténtica Roma de Cervantes. Y no se atreva a negarlo persona alguna, porque, a renglón seguido, oír la voz recia, viril y cristiana del inmortal soldado, Cervantes Saavedra, como tuvo que oír un poeta español. «Habrà pocos años que llegó a esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonor de su nación, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio de esta insigne ciudad y de sus ilustres habitantes; pero la culpa de su lengua pagará su garganta si le cogieran. Yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habéis oído.» ¡Cómo siente nuestro Cervantes no tener mejor plectro para cantar a Roma! (2).

(2) Refe.ente al poeta español, lo mismo que para detalles topográficos de la Roma de Cervantes, puede consultarse la edición de Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla (Madrid)

No puede nuestro esclarecido autor despedirse de Roma sin antes besar los pies santísimos del Sumo Pontífice; y, aunque no me conste que así lo hiciera en realidad, muestra repetidas veces la reverencia y veneración que tenía hacia tan augusta persona, fruto sazonado de las ideas sentidas acerca

El Papa

Cada vez que llega a nuestros oídos o leemos algún inconveniente sobre Cervantes, nos viene a la memoria la última página del capítulo sexto del libro IV de la novela *Persiles y Segismunda*, que contiene un breve resumen de la Doctrina Cristiana. Da gusto oírlo de tan exquisitos labios, aun cuando no nos atrevemos a transcribirlo por no extendernos demasiado. Termina con estas palabras: «Trataron del poder del Sumo Pontífice, visorrey de Dios y llavero del Cielo». Henos ahí ante una síntesis muy breve sobre lo que es el Papa. Demasiado breve, dirá alguno. Poca cosa sería en verdad, si no hubiera escrito en páginas anteriores una como ampliación de estos dos conceptos. Al leerla nos parece ver a Cervantes sentado en un banco de una clase o en la silla de una iglesia, al igual que uno de nuestros niños de catecismo.

Efectivamente, si queremos ver detallado el primero de ellos bastará pasar al capítulo sexto del libro I, y leer que «la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo, está gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la Tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia».

Para el segundo, detengámonos en el capítulo noveno del libro III: «Yo salí de mi casa con intención de ir a Roma este año, en el cual el Sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia, y comunicándonos, como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse».

A Roma acuden para tranquilizar su conciencia Recaredo, el héroe de «La española inglesa»; la misma Auristela; El Licenciado Vidriera nos indica otro tanto; hasta podríamos descubrirlo en la teología popular de los refranes del Quijote...

Apunta la infalibilidad cuando nos asegura que el Papa nos da entera certeza de que un alma ha entrado ya en el cielo y goza *sin enigma* y *sin espejo* (nótese las palabras) de la vista de Dios. Lo podemos comprobar en su canción a «Los éxtasis de la Beata Madre Teresa de Jesús»:

*Ahora, pues que al cielo te retiras,
menospreciando la mortal riqueza
en la inmortalidad que siempre dura,
y el visorrey de Dios nos da certeza
que sin enigma y sin espejo miras
de Dios la incomparable hermosura,
colma nuestra ventura...*

Más; el Papa es guarda íntegra de nuestra fe. Recaredo promete matrimonio a *la española inglesa* con las siguientes palabras: «Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo confieso, creo y tengo...».

No será, pues, exagerada nuestra conclusión final, principalmente si se tiene en cuenta que la tomamos de su novela póstuma, muchas de cuyas páginas fueron escritas en el lecho de muerte, ni podrá tildarse de loca a nuestra imaginación si, acompañando a la Hermandad de Esclavos del Santísimo Sacramento y a la Venerable Orden Terciaria de San Francisco de la parroquia de San Sebastián de Madrid, sigue al Licenciado Francisco López que lleva el Viático a un enfermo de la calle León (3).

(3) Para comprobar nuestra afirmación, véase la dedicatoria de la novela *Persiles y Segismunda* y la partida de defunción, transcrita en la nota (1) de la pág. 16 de *Obras Completas de Miguel de Cervantes Saavedra* - Edición M. Aguilar (Madrid, 1946) preparada por Angel Valbuena y Prat.

Acompañémosle devotamente con él a la habitación del paciente y, cabe a él, oigamos cómo a las preguntas del sacerdote van respondiendo aquellos labios resecaos por la calentura, pero mojados con el consuelo santo de nuestra Religión: «Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero; finalmente, creo todo lo que tiene

y cree la Santa Iglesia Romana, regida por el Espíritu Santo Y GOBERNADA POR EL SUMO PONTIFICE, VICARIO Y VISORREY DE DIOS EN LA TIERRA, SUCESOR LEGÍTIMO DE SAN PEDRO, SU PRIMER PASTOR DESPUES DE JESUCRISTO, PRIMERO Y UNIVERSAL PASTOR DE SU ESPOSA LA IGLESIA...».

A este compás se movían pausada y religiosamente los labios de Miguel de Cervantes Saavedra a dieciocho de abril de mil seiscientos dieciséis (18-IV-1616), cinco días antes de su muerte.

Martirián Brunsó, Pbro.

La lucha contra el liberalismo

IV (*)

«He aquí que tus enemigos vocearon...»

La naturaleza intrínseca del liberalismo, al igual que las de sus naturales frutos de perdición, el socialismo y el comunismo, reside en el espíritu de orgullo humano, elevado hasta un paroxismo diabólico en ocasiones, que preconiza el triunfo y reinado absoluto de la razón, sin obstáculos ni cortapisas, despreciando primero, y persiguiendo después, la realidad salvadora de un Dios Creador y Providente, y negando en consecuencia la obligada sumisión del hombre a sus leyes y a sus preceptos. Por eso el Papa León XIII, al poner de manifiesto en la *Humanum genus* la triste condición de la humanidad, dividida en dos bandos opuestos e irreconciliables, sujetos respectivamente al Reino de Dios y al reino de Satanás, incluía en las filas militantes de este último no sólo a los que hacen guerra abierta contra Dios y contra su Iglesia, sino a los que “prescinden de Dios”, concepto dentro del cual quedan claramente comprendidos los más varios matices del doctrinario liberal, y especialmente su forma más perversa, según enseñó el propio Pontífice: “No puede concebirse la libertad del hombre si no está sumisa y sujeta a Dios y a su voluntad. Negar a Dios este dominio o no querer sufrirlo no es propio del hombre libre, sino del que abusa de la libertad para rebelarse; en esta disposición de ánimo es donde propiamente se fragua y completa el vicio capital del liberalismo” (Enc. *Liber-tas*).

Todo ello significa, según nuestro modesto entender, que tanto el liberalismo como las doctrinas socialistas, tanto el sectarismo masónico como el no menos sectarismo comunista, tienen una íntima y profunda conexión que los entrelaza y subordina no ya únicamente entre sí, sino también con otros movimientos ideológicos que los han precedido o pueden seguirlos. Es decir, que todas esas ideologías perversas, aunque sus corifeos puedan a veces envolverse en acres disputas, tienen una dirección que las unifica substancialmente, persiguen fines idénticos en esencia, y llevan a cabo sus propósitos obedeciendo un determinado plan.

En la *Humanum genus*, Su Santidad León XIII habla precisamente de los ataques que en sus días desarrollaban las fuerzas del mal, cuyos componentes parecían—son palabras del Papa—“conspirar a una”, o sea que luchaban aliadas no solamente colaborando en vistas objetivos secundarios, sino aliadas también en cuanto a sus específicas finalidades; señalando claramente el Soberano Pon-

tífice la existencia de una dirección, de un “guía”, que entonces estaba vinculado en el secreto de la dirección suprema de la masonería internacional.

¿Por qué, pues, despreciar con tanta ligereza la realidad de una confabulación real y constante en el seno de la sociedad? ¿No presupone la misma existencia de un reino de Satanás “durante toda la continuación de los siglos”, la terrible verdad de una conjuración organizada en la que participen, en mayor o menor proporción, con más o menos efectividad, todos sus súbditos?

No es de extrañar que el Romano Pontífice, para saludable aleccionamiento de la Cristiandad, repitiera en su encíclica últimamente citada, el clamor del Profeta: “He aquí que tus enemigos vocearon; y levantaron la cabeza los que te odian. *Contra tu pueblo determinaron malos consejos, discurrieron contra tus santos. Venid, dijeron, y hagámoslos desaparecer de entre las gentes*” (1).

¿Puede expresarse con mayor vigor la íntima esencia de la conspiración que traman constantemente las fuerzas diabólicas? Son *todos* los enemigos que elevan sus voces para lanzarse una y otra vez a la ininterrumpida batalla contra Cristo y su Santa Iglesia; son todos ellos los que determinan malos consejos y que discurren contra los santos; son los dirigentes máximos en la tierra del reino de las tinieblas los que invitan a todos sus adictos a luchar sin tregua hasta lograr la desaparición de entre las gentes, del “reino de Jesucristo”. La confabulación, a pesar de todas las apariencias, a pesar de pasajeras disputas, es un hecho espantoso, pero real y amenazador.

Y aquí sí que adquiere clara y evidente significación esta continuidad de propósitos que une en el tiempo y en el espacio, a personajes, a sectas y a hechos históricos: Voltaire y Marx, la Revolución francesa y la revolución bolchevique, la masonería y el comunismo. Y así se comprenden o pueden comprenderse con grandes posibilidades de acertar, importantes acontecimientos o determinadas y aun opuestas reacciones, que a la luz del natural proceso histórico resultan totalmente incomprensibles.

Demos, sin embargo, un paso más.

Constituye también un hecho reconocido a menudo, la intervención directa de los elementos judíos en casi todos los movimientos de índole subversiva, que azotan periódicamente a la sociedad cristiana. *La Civiltà Cattolica* escribía en uno de sus números correspondientes al pasado siglo: “Los pobres hebreos, en su no menos impía que absurda esperanza de poder destruir la nueva

(*) Vid. CRISTIANDAD, núm. 75, pág. 215, núms. 81-82, pág. 361 y núm. 88, págs. 507.

(1) Ps. LXXXII, v. 2-4

Jerusalén para reconstruir la antigua, han sido siempre los más fieles aliados y propagadores de la Masonería y y del Carbonarismo: tanto, que han inducido a más de uno a creer que la Masonería sea una institución judaica, rabinica, talmúdica y del ghetto, así como también inglesa." Y añadía esta terminante afirmación: "En las conspiraciones, de hecho, en las revoluciones, en el liberalismo, en la Masonería, en el Carbonarismo, por todas partes en fin en que se trata de combatir a los cristianos, siempre se encuentra en primera fila a los hebreos" (2).

¿Cómo explicar este hecho? No pretendemos dilucidar tan gravísima cuestión; nos limitamos únicamente a constatar una realidad, realidad que es admitida incluso por personajes de relieve dentro del judaísmo. ¿Quieren seguir, siquiera brevemente, nuestros queridos lectores, la trayectoria de esa intervención destacada de algunos elementos judíos en los turbios manejos de las fuerzas de perdición contra la Iglesia y contra la sociedad? Examinaremos, a grandes rasgos, un interesante resumen que sobre tan inquietante problema nos ha legado el escritor judío Bernard Lazare, en su obra *L'Antisémitisme, son histoire et ses causes*.

Los judíos y la revolución

Escribe Lazare: "Los judíos creyeron no solamente que la Justicia, la Libertad y la Igualdad podían ser soberanas del mundo, sino que se creyeron especialmente llamados para trabajar para ese reino. Todos los deseos, todas las esperanzas que estas tres ideas hicieron nacer, terminaron por cristalizar alrededor de una idea central: la de los tiempos mesiánicos, de la venida del Mesías..."

"Las estrechas prácticas en las cuales los doctores encerraron a los judíos, adormecieron sus instintos de revuelta. El *Talmud*, sin embargo, no sujetó a todos los judíos; entre quienes no lo aceptaron, habían los que persistieron en la creencia de que la Justicia, la Libertad y la Igualdad reinarian en este mundo; los que creían que el pueblo de Jehová estaba encargado de trabajar por este advenimiento. Lo que hace comprender por qué los judíos se mezclaron en todos los movimientos revolucionarios, ya que tomaron parte activa en todas las revoluciones, como los veremos estudiando su papel en los períodos de revuelta y de cambios."

Las leyendas y fábulas de los fariseos del siglo II se encuentran en Voltaire y en Parny, que a su vez influyen con su ironía racionalista en Heine, en Boerne y en Disraeli; la profundidad de pensamiento de los antiguos doctores, revive en Marx, y el impulso revolucionario de los insurgentes hebreos inspira el entusiasmo de Lasalle. En los orígenes de la Francmasonería, encontramos la huella de judíos cabalistas, como lo demuestran ciertos ritos de la misma conservados hasta nuestros días.

¿Y qué diremos de la influencia de los elementos judíos en la Revolución francesa? ¿No es acaso notable el papel que ejercen, principalmente en París, no obstante ser su número proporcionalmente muy pequeño?

Sin embargo, su influencia sube de punto a partir del movimiento de 1830. Durante ese período, todo su poderío, todas sus actividades, sus riquezas, sus escritores, sus poetas, coadyuvaban poderosamente al triunfo del liberalismo, que en definitiva representa su propio triunfo. Los hallamos en el Carbonarismo, en la Alta Venta; en Francia, en Alemania, en Suiza, en Italia, en todas partes.

Más tarde colaboran asiduamente en otros planes, dirigiendo en múltiples ocasiones el movimiento socialista. Además de Carlos Marx, hallamos en la Internacional a

los siguientes judíos: James Cohen, secretario por Dinamarca; Neumayer, secretario por Austria; Fribourg, dirigente de la Federación parisiense de la Internacional, a la cual pertenecían, además, Loeb, Halmayer, Lazare y Armanda Levi; León Frankel, jefe de la sección alemana en París; Coenen etc. Muchos de los judíos afiliados a la Internacional tomaron parte en los trágicos días de la "Commune". En la organización del partido socialista, destacan los siguientes elementos: Marx y Lasalle, en Alemania; Aaron Libermann y Adler, en Austria; Dobrojanu, en Rumania; Compers, Kahn y Lion, en los Estados Unidos de América.

"Carlos Marx—en opinión de Lazare—desciende de una familia de rabinos y de doctores, heredó la fuerza lógica de sus antepasados; fué un talmudista lúcido y claro, un talmudista que se dedicó a la sociología, y aplicó sus cualidades nativas de exégeta a la crítica de la economía política. Estuvo animado del viejo materialismo hebraico que sueña perpetuamente en un paraíso de la tierra y rechazó siempre la lejana y problemática esperanza de un edén después de la muerte; pero además de lógico, Marx fué un revolucionario, un agitador, un polemista áspero, y tomó el don del sarcasmo y de la invectiva del mismo lugar donde lo tomó Heine: de las fuentes judías."

Y en la revolución bolchevique de 1917, ¿no conocemos tal vez el papel preponderante de los judíos, en su iniciación y en su estabilización? Trotsky, Zinoviev, Kamenev, el mismo Lenin, y tantos y tantos personajes, formaron el núcleo potente que acaudilló la ola revolucionaria triunfante en Rusia. Su intervención es también destacadísima en los movimientos democráticos, en la propaganda para la creación de un gobierno mundial. Conocida es su influencia en la formación de la Sociedad de Naciones; en el anterior número de esta Revista, reproducíamos las palabras de "André Maurois" solicitando la formación de una institución de gobierno con poderes que abarcasen al mundo entero, sueño dorado del sectarismo revolucionario que aspira así a dominar completamente a los pueblos y a las naciones.

El escritor judío Emil Ludwig, en una obra escrita contra la Alemania derrotada, afirma sin remilgos que "cuando un judío de espíritu elevado interviene en la política casi siempre se inclina hacia la izquierda", afirmación que en la pluma de Ludwig tiene un indiscutible valor, y añadía estas palabras: "Los judíos son guías espirituales pero no materiales de la revolución", lo cual si quiere ser una excusa, representa en el fondo una acusación gravísima contra sus propios hermanos a los que califica paladinamente de fautores e inductores de las subversiones, sangrientas o no, que azotan a la sociedad. En opinión de Ludwig, por lo tanto, quienes determinan "malos consejos", y discurren "contra tus santos"—en expresión del salmista—son precisamente elementos del judaísmo; y así como León XIII calificó a la masonería como guía de los que combaten en las filas del reino de Satanás, Ludwig confiesa con alarmante claridad que los "guías" espirituales de la revolución son los judíos. ¿Solamente espirituales?, cabría preguntar, porque Bernard Lazare ha escrito sin disimulos, que los judíos "preparan la revolución por las ideas y las traducen en acto".

Quizá la razón suprema de esa actividad antisocial del judaísmo se halla en el objetivo señalado por Marx como meta final de las aspiraciones judías: "Si los judíos quieren ser libres no deben convertirse al Cristianismo simplemente, sino al Cristianismo disuelto, es decir a la filosofía, a la crítica y a su resultado: la Humanidad libre."

José-Oriol Cuffi Canadell

(2) *La Civiltà Cattolica*, 21 de agosto de 1875 (págs. 473-474).

La conspiración comunista

X. — DEFINICIÓN DE LO DIABÓLICO

Cuando un hombre logra emancipar su inteligencia de las tinieblas del comunismo, no sólo se sorprende y deslumbra ante el vigoroso resplandor de las ideas de libertad: le admira y casi le aturde el comprobar cuánto se ignora, en el mundo exterior, lo que es en realidad el movimiento comunista. Aun aquellos que pretenden ser anticomunistas expertos saben bien poco lo que de hecho significa ser un comunista; y apenas se dan cuenta de la forma en que actúa la quinta columna soviética. A esto se debe que los rojos logran embobar y engañar, con alguna frecuencia, a sus ingenuos adversarios. Razón por la cual, en estos momentos en que el lobo rojo amenaza nuestros hogares, precisa que se estudien más a fondo las tácticas insidiosas y las maquinaciones de los enemigos de la Civilización Occidental.

Por ejemplo, en la actualidad son pocos los que refutan a los rojos cuando éstos cacarean que son los continuadores de la política de Roosevelt. Sin necesidad de pronunciarnos en pro o en contra de Roosevelt, debemos recordar que, hace exactamente siete años, los rojos proclamaban oficialmente que Franklin D. Roosevelt era «otro Hitler». Nadie, que yo sepa, se ha valido de aquella declaración oficial de la rojería para sofocar el entusiasmo con que hoy los comunistas se designan a sí mismos «como los herederos contemporáneos del espíritu de Roosevelt».

El camaleón comunista

En la Convención Nacional del Partido Comunista de los Estados Unidos, que tuvo lugar en junio de 1940, Earl Browder declaró, al leer su informe oficial, que «para América la orientación de la política de Roosevelt era esencialmente equivalente a la que Hitler había adoptado en relación con Alemania en 1933». Aquel pronunciamiento de Browder quedó indeleblemente escrito en los anales del Partido Comunista y puede verse en el número de julio de 1940 de «The Communist», entonces órgano teórico del Partido. También William Z. Foster afirmó en la misma Convención: «Los atizadores de la guerra actúan bajo la careta del hipócrita programa de Roosevelt, que pretende tener por objeto la defensa de la nación, pero que, en realidad, es sólo un programa para la guerra».

Eran tiempos, aquellos, en que los rojos no hacían solamente cuanto les era posible para favorecer los empeños de Hitler, de destruir la Gran Bretaña, país que consideraban ser el principal causante de la guerra, sino que se vanagloriaban abiertamente de constituir una quinta columna, fiel únicamente «al gran Stalin».

Semejantes entusiasmos sólo se enfriaron cuando Hitler rompió con Stalin, en 1941, época en que los rojos tuvieron que comenzar a cultivar amistad con los Estados Unidos, para tratar de salvar a Rusia de las poderosas embestidas de la maquinaria bélica alemana, más eficiente que la soviética. ¿Por qué, pues, deben titubear y amilanarse los cruzados anticomunistas cuando un comunista cualquiera les espeta el epíteto de «fascistas», tan sólo porque la actuación de los anticomunistas se opone a las agresiones violentas que Moscú desencadena? No debe olvidarse que nadie ayudó tanto a la organización del hitle-rismo como lo hicieron el Estado soviético y sus agentes; y que, en consecuencia, en boca de los comunistas, la acusación de «fascista» no tiene ni sentido ni valor.

Aun más: cuando un hombre logra emancipar su inte-

ligencia de las tinieblas del comunismo, quienes lo reciben en los ambientes donde resplandece la luz de la libertad suelen pedirle con instancia que desenmascare, mencionándolos con sus nombres y apellidos, a cuantos militan en filas del comunismo. Se supone que el comunista emancipado debe estar provisto, necesariamente, de todo un arsenal de documentos, de pruebas y de datos que sirvan para identificar, sin lugar a dudas, a cuantos maquinan en pro del comunismo. Lo cual tan sólo demuestra cuán grande es la falta de comprensión de lo que es, en realidad, la conspiración soviética, y de lo que es su desarrollo y su actuación.

Se equivocan quienes suponen que el Partido Comunista es algo así como una organización democrática y no una conspiración que acecha traicioneramente desde las tinieblas del secreto. Por lo demás, en los pocos casos en que he tratado de denunciar abiertamente a ciertos comunistas, mencionándolos por sus nombres, siempre he tropezado con la dificultad de que son los mismos órganos de prensa los que se niegan a auspiciar esas denuncias, porque temen caer bajo las sanciones de las leyes que reprimen la calumnia y el libelo.

Tres aspectos de la conspiración

La conspiración comunista actúa con la colaboración de tres clases de individuos, cuyas vinculaciones con el Partido son difíciles de comprobar documentalmente. Trátese, precisamente, de los tres grupos de individuos que prestan los auxilios más eficaces a los rojos.

El primer grupo lo constituyen aquellos rojos que, aun cuando están sujetos a la disciplina de la organización militante, no poseen tarjeta de incorporación y no concurren a ninguna reunión del Partido, por secreta que ésta sea. Estrellas rutilantes del firmamento de Hollywood, distinguidos líderes sindicales, numerosos abogados y hasta hombres de negocios, figuran en este primer grupo.

Sigue después el segundo grupo, constituido por individuos que saben perfectamente que trabajan al servicio de los comunistas, pero que no están sujetos, formalmente, a la disciplina del Partido.

El tercer grupo, por fin, está integrado por los llamados «inocentes», esto es, por individuos adictos a las causas auspiciadas por las organizaciones del frente rojo, que en todas partes proclaman «su buena voluntad», pero que, de hecho, no se dan cuenta o no saben qué es lo que hacen, ni tampoco a quienes están sirviendo.

Si el mundo cristiano atendiese mejor a las palabras amonestadoras de Pío XI, sería mucho más fácil juzgar a cada uno de estos diferentes aliados de los emisarios moscovitas. Una conspiración «diabólica» —como con tanta exactitud ha llamado el Papa al comunismo— es un movimiento que oculta mañosamente sus verdaderos fines, bajo las apariencias de cosas inofensivas y hasta bienhechoras. Nuestras últimas consideraciones, en esta serie de artículos, se encaminan a hacer resaltar este hecho.

Oculto en las tinieblas de su diabólica conspiración, el comunista sólo muestra exteriormente una máscara bonachona que lo hace aparecer como hombre razonable, al servicio de las mejores causas de la organización o comunidad a que pertenece. Sistemáticamente se empeña en conquistar la confianza de los demás y en lograr el prestigio (cuando le es posible) de ser una persona en quien

se pueda confiar, especialmente cuando se trata de llevar a cabo tareas necesarias. La ignorancia que prevalece respecto a lo que es en realidad el comunismo, hace que los incautos caigan fácilmente en las redes que les tienden los comunistas, con el resultado final de que esos mismos comunistas acaban por dominar la situación y hasta por controlar las agrupaciones donde logran infiltrarse.

Los «grandes amigos»

Por ejemplo, los comunistas, siempre de acuerdo con sus tácticas diabólicas, proclaman ser los grandes amigos de la población negra de los Estados Unidos, para luego abogar por una política de acción autónoma e independiente por parte de la minoría de color, política que en las circunstancias que hoy prevalecen sólo es fuente de perjuicios y de trastornos para la misma población negra que los rojos pretenden defender tan generosamente. En esta tarea, los comunistas tienen un único propósito: servir a la dictadura soviética engendrando el desorden en América.

Los rojos se dicen también los principales adversarios del antisemitismo. Sin embargo, cuando la dictadura soviética apoyaba abiertamente a los árabes, en la cuestión de Palestina, la prensa comunista de los Estados Unidos publicaba caricaturas sangrientas en contra de los judíos. Lo mismo sucede con los católicos, cuya libertad religiosa los rojos aseguran que siempre respetarán. La verdad es que, al mismo tiempo que hacen tan sonoras promesas, ellos han desatado la más siniestra campaña de insultos y calumnias en contra de la Iglesia Católica, particularmente en contra de sus jefes espirituales.

En vista de lo anterior, cuantos aspiren a contener los avances de la quinta columna del régimen esclavista, deben mantenerse al corriente de lo que los rojos intentan llevar a cabo en un momento determinado. Es así como se perciben los anticomunistas de cuál es, en un momento preciso, la modalidad engañosa que adopta el camaleón comunista. Quien conozca la línea de acción que se señala a los comunistas a través de los órganos directivos «New Times» y «Political Affairs», y por medio de otras publicaciones secundarias, también controladas por los rojos, estará capacitado para describir y desenmascarar rápidamente a los comunistas que se infiltren y que actúen en la propia organización o comunidad. Esto es, estarán bien equipados para neutralizar la estrategia de la bestia roja.

Uno de los obstáculos principales con que se tropieza, para lograr el conocimiento preciso de las tácticas comunistas, es «la conspiración del silencio de la prensa», conspiración que tan valientemente denunció Pío XI. Esos apaciguadores están hoy empeñados en restarle importancia a la cuestión de las agresiones del imperialismo soviético, y hasta en aplacar el interés que despertó el descubrimiento de las actividades de espionaje en el Canadá. No extraña, pues que en los diarios aparezcan con frecuencia ideas y tendencias propagandistas, cuya marca de

fábrica soviética es imposible de ocultar. Si la guerra mundial número tres llega a estallar ¡cuán graves serán las responsabilidades de los apaciguadores de la prensa diaria de los países de América!

Los escritores, comentaristas y corresponsales, del sector periodístico mencionado, todavía no han dicho la verdad respecto a la esclavitud que encadena al pueblo ruso, ni tampoco respecto a lo que son los crueles «blitskrieg» con que el Soviet se adueña de pequeñas naciones, sin que para nada cuente la oposición indignada del mundo.

Se impone la defensa

Para hacer reaccionar las inteligencias y las voluntades, en contra de la parálisis en que han sido sumidas por la actitud de cierta prensa apaciguadora, urge, con urgencia apremiante, que la conciencia se despierte y reviva en todas partes, ante el peligro que entrañan los embustes y las insidias que fragua continuamente la conspiración comunista. Si antes se hubiese procedido así, los Estados Unidos ya se habrían erguido en las Naciones Unidas para lanzar de su seno, con airada indignación, al régimen rojo de Polonia. Si así se hubiese hecho antes, la agresión contra Hungría quizás no se habría verificado.

Por fortuna muchos periódicos y muchas organizaciones han comenzado ya a actuar en el sentido antes apuntado. Personas autorizadas como William C. Bullitt y William Henry Chamberlain están prestando una valiosa colaboración en la difusión de conocimientos relativos a lo que son en realidad los propósitos de dominación mundial que alienta el Soviet. Numerosas publicaciones han desenmascarado a cabecillas rojos y a sus adláteres. Pero falta mucho por hacer, de modo sistemático, para lograr que el público se dé cuenta de las verdaderas pretensiones de los rojos. Falta que exista una agencia ad hoc encargada de mantener bien informados a los cruzados del anticomunismo, particularmente en relación con lo que maquinan y hacen los comunistas en todas partes.

Al participar con diligencia en la lucha contra la conspiración comunista, los católicos no pueden olvidar la advertencia que les ha hecho el Papa, en el sentido de que, al mismo tiempo que se lucha contra el comunismo, se debe procurar la instauración de la justicia social. Es esencial, ha dicho Pío XI, favorecer y apoyar el derecho de los obreros a organizarse para la defensa y para el triunfo de las propias reivindicaciones. Nos incumbe la obligación de oponernos al liberalismo amoral y al individualismo extremista, cuya doctrina es la del egoísmo económico y cuyas consecuencias son las que abren las puertas al materialismo comunista. Siempre debiera resonar en nuestros oídos el llamamiento del Papa: «Cultivamos la firme esperanza de que el fanatismo con que los hijos de las tinieblas trabajan de día y de noche, en pro de una propaganda materialista y atea, por lo menos habrá de servir al santo propósito de estimular en los hijos de la luz un celo semejante o mayor por el honor de la Divina Majestad».

Luis F. Budenz

2

EL CINE, AL SERVICIO DE LA RELIGIÓN Y DE LA HISTORIA

Un film excepcional: "Montecassino"

Cuando algunas películas, sin duda bien intencionadas, pero de resultados poco convincentes—y, en algunos casos, hasta inconvenientes o peligrosas—, han llegado a nuestras pantallas ofreciéndonos, como espectáculo, una Religión católica con ministros faltos de unción y sobrados de timidez, cuando no ayunos de preparación sólida, ante los ataques más primarios y los sofismas más burdos de la impiedad, es consolador enfrentarnos con una cinta que no sólo ha sido realizada con el máximo respeto a la dignidad del clero católico, sino con un fin exaltador de nuestro Credo en lo que tiene de fuente única de cristiana Caridad, de Paz verdadera, de auténtica fraternidad y amor entre los hombres y las naciones.

Esta cinta, que—al margen de todo tópico publicitario—no vacilamos en calificar de excepcional, es "Montecassino", producida en Italia con el concurso de valiosas colaboraciones, encabezadas nada menos que por la Secretaría de Estado del Vaticano. Tan alta aportación bastaría para garantizarnos, en el aspecto religioso-moral, el elevado rango del film. Pero es que éste, además, constituye una realización maestra del arte cinematográfico—que, como todo arte, no sólo no está reñido con la Religión, sino que puede hallar en ella los más sublimes temas para sus obras—; y, por añadidura, es un documento histórico de inapreciable interés, amén de un espectáculo de punzante, sobrecogedor, inenarrable dramatismo.

Hemos deslizado la palabra "espectáculo", y ante ella conviene formular este distingo: quienes busquen en el cine—ese cine que, desde estas columnas, calificamos un día de hábito social sin posible retroceso en su creciente arraigo y en su avasallante influjo—, quienes busquen en el cine un mero pasatiempo frívolo o el superficial halago de una anécdota amable, por convencional que esta sea; en una palabra: a quienes vayan únicamente tras la banal o morbosa diversión que les proporciona un espectáculo festivo o truculento, al uso y abuso en nuestros salones cinematográficos, difícilmente podrá agradecerles "Montecassino".

Por fortuna no es este el caso de los lectores de CRISTIANDAD. Y ellos sí gustarán de los grandes valores contenidos en esa conmovedora y aleccionadora cinta, realizada para contribuir a incrementar los fondos destinados a la reconstrucción del glorioso y martirizado Monasterio.

En primer término, el film viene a despejar, con su desarrollo fielmente ajustado a los hechos históricos—el guión está basado en el libro de Dom Tomás Leccisotti, O. S. B. y en la trágica realidad vivida y relatada por los supervivientes del Cenobio—; el film viene a despejar, decíamos, una incógnita que ha movido a la opinión mundial civilizada a formularse esta pregunta: ¿Por qué fué bombardeada la abadía de Montecassino? La pe-

licula de este nombre nos explica el porqué, y en esa explicación, en la reviviscencia plástica de esa tragedia, evocada y reconstruida con tremendo realismo, reside el máximo trasunto dramático del film, que, en esas escenas—grandiosas en su misma atroz veracidad, e inolvidables para cuantos lleguen a presenciarlas, casi a vivirlas—, consigue emocionarnos hasta la angustia física, hasta hacer vibrar las más íntimas fibras de nuestra sensibilidad. Precisamente, en ellas entroncan, más que en ningún otro momento, el interés culminante del reportaje histórico y el mensaje espiritual, sublime—por excelentemente católico—de la cinta, que no es otro que exaltar los ideales pacíficos y pacificadores—antípodas del corrosivo "pacifismo" a lo Remarque—de nuestra Santa Iglesia y de su actual Pontífice, paladines de la única paz posible: la Paz de Cristo en el Reino de Cristo. Y ese mensaje, ese ideal nobilísimo brota con elocuencia impresionante de las impresionantes imágenes—únicas, hasta hoy, en toda la historia del cine—en que aparece un joven monje administrando a los míseros refugiados en el Monasterio las Sagradas Formas—ya urgentísimo Viático—, que acaba de salvar del Sagrario en ruinas, en tanto van cayendo, implacablemente destructoras, las bombas que reducen a escombros el Cenobio que fué Casa de oración para convertirse en asilo, hospital, refugio... y tumba.

Esta cinta, en fin, que conmovió profundamente al reverendo padre Abad de Montserrat, Dom Aurelio Escarré, que residió un tiempo en Montecassino y que asistió, con los Prelados de Barcelona y de Vich a la sesión privada ofrecida por el Consulado General de Italia en Barcelona, conmoverá también y admirará a cuantos asistan a su proyección pública en un céntrico salón de nuestra capital, donde será estrenada próximamente.

"Montecassino", por su cristiano módulo espiritual, por su implícita condena de la guerra moderna—que no respeta vidas inocentes—, por su mensaje de paz y por la dignidad ejemplar con que describe las figuras de cuantos religiosos de la Comunidad benedictina aparecen en el film—¡éstos sí son sacerdotes católicos de cuerpo entero y alma más entera aún, abnegada y pronta al sacrificio y a la sublimación de la más operante Caridad!—, por todas esas virtudes, a las que podríamos sumar las de carácter técnico e interpretativo, nada desdeñables, si tenemos en cuenta las costosas reconstrucciones realizadas y el empleo maravilloso de perfectas maquetas y de actores, en su mayoría no profesionales, esta extraordinaria cinta será presentada por "Ancora", órgano de las Congregaciones Marianas de Barcelona, establecidas en nuestra amada iglesia del Sagrado Corazón, de la Compañía de Jesús. Este solo patrocinio de la revista hermana creemos constituye la mejor recomendación que de "Montecassino" podríamos brindar a los lectores de CRISTIANDAD. Y estamos seguros de que, en su día, no quedarán defraudados.

Ernesto Foyé

CON CENSURA ECLESIASTICA

...“Si la fe en el divino Redentor hace a los cristianos que consideren todas las cosas a la luz de la verdad, siempre antigua y siempre nueva, de las palabras que del Niño Jesús, presentado en el templo, pronunció el viejo Simeón: “Mira: este Niño está destinado para ruina y para resurrección de muchos y para ser blanco de contradicción” (Luc. 2, 34), sabemos que el número de aquellos que no se alejan de Jesucristo con la incredulidad, sino que se unen a El y están dispuestos a dar la vida por El, que en El y en la resurrección ponen su firme esperanza; sabemos que este número es grande, que crece y se fortifica, y vemos que irradia su propia energía y su benéfico influjo en todos los campos de la vida y que otros hombres de buena voluntad se unen a ellos. A todos vosotros, pues, amados hijos, os decimos: ha llegado vuestra hora.”

(Fragmento del MENSAJE DE SU SANTIDAD
EL PAPA PÍO XII en la víspera de Navidad)

E. A. de Manresa

*Gremio
de
Panaderos*



MANRESA

Galletas "LA POLAR"

Sociedad Limitada

MANRESA

Hierros, Ferretería y Bateria de cocina

Sol Hermanos, S. A.

Av. Caudillo, 12 y 14 - Teléf. 1700 - MANRESA

Cerámica Manresana

FABRICA DE LADRILLOS Y ALFARERIA

Despacho: Carretera Vich, 105 - Teléf. 1712 - MANRESA

Agencia de Transportes por Ferrocarril y Autocamiones

Hijos de Buenaventura Mora

Angel Guimerá, 16 - Tel. 1300
MANRESA

Calle Rech, 24 - Tel. 13316
BARCELONA

Compañía Fabril de Carbones Eléctricos

SOCIEDAD ANONIMA

Productos CLAT
de fabricación nacional

Carbones eléctricos CLAT para cinematógrafo, fotograbado, pilas secas, proyectores y faros

Escobillas CLAT para motores y dinamos en todas clases y dimensiones

Refractarios CLAT de alúmina, sílice y magnesita, a altas temperaturas y especiales para todas las industrias

Electrodos CLAT de carbón amorfo, redondos, cuadrados y con uniones, para la metalurgia en general

Muelas CLAT. Procedimiento cerámico y elástico para afilar y desbastar. En todas sus formas y dimensiones

Diputación, 225 - Teléfono 16171 - BARCELONA
Fábrica en San Vicente de Castellet

Protegida a la INDUSTRIA NACIONAL

C. N. S.

Manresa

Padró Hermanos

BANQUEROS

CORRESPONSALES DEL BANCO DE ESPAÑA

Guimerá, 30 - Teléfono 1622

M A N R E S A

*Hilados
y Tejidos de Algodón*

INDUSTRIAL ANONIMA G. V. C.

M A N R E S A

Despacho en Barcelona:

Trafalgar, 12

Calzados MOLTÓ

Fabricación propia

Carrió, 3 - Teléfono 1541 - MANRESA

Ayudad a la Prensa católica

S. R.
Manresa

MOBILIARIOS
COMPLETOS

DECORACION DE INTERIORES

Marcos, Molduras,
Objetos regalo



MANRESA
Angel Guimerá, 35 - Teléfono 1402

TRANSPORTES

Vda. de José Moll

MANRESA: Angel Guimerá, 20 - Teléfono 1122
BARCELONA: Rocafort, 27 - Teléfono 33412

Talleres de construcción
de Maquinaria Textil

CARRERAS

SOCIEDAD ANONIMA

Oficinas y Talleres:
Carretera de Sampedor, 13-Tel. 1447
M A N R E S A

Luis Badia

Construcciones de cemento armado
Vigas y Jácenas - Piedra artificial
Ventanas y Claraboyas (sistema patente Bein)

Talleres:
Camps y Fabrés (esquina García Valiño) -Tel. 1205
Despacho:
Paseo de García Valiño, 3, bajos - Teléfono 1270
M A N R E S A
SUCURSAL EN SABADELL: S. Ramón de Peñafort, 15

FARMACIA de F. FERRER

Plaza Mártires, 12 - Teléfono 1223 - MANRESA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:
Anual . . . 100' - Ptas.
Semestral . 50' - »
Trimestral . 25' - »
Número ordinario 5 ptas.
Tomo 125 »

Pagamos ejemplar n.º 39 a diez pesetas. Teléfono 22446

Tejidos y Novedades
Confecciones para caballero y niños

ALMACENES LA CREADORA

Guimerá, 33 - Teléfono 1119 - Manresa

Juguetes Farrés

A.Guimerá, 37 - Teléf. 2291 - MANRESA

Bartolomé Casas Sala

Guardiola de Berga

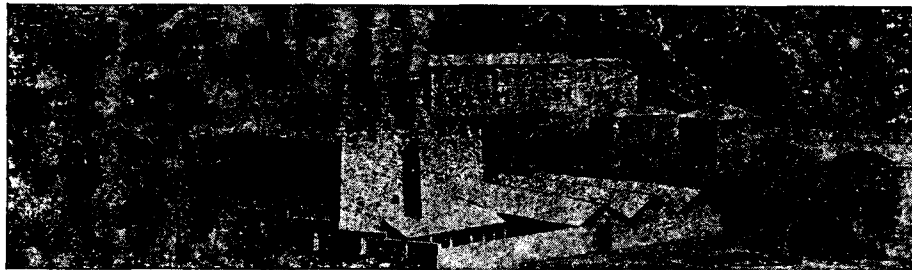
FABRICA DE CEMENTOS
NATURALES

Clases que se fabrican:

Rápido «MARFIL» - Lento «PERLA» - Grápier «COLLET»

Oficinas: Angel Guimerá 23 - Teléf. 1927
M A N R E S A

Representación en BARCELONA
Condal, 32 4-3-C - Teléf. 20459



CUEROS Y ACCESORIOS INDUSTRIALES, S. A.

EXCLUSIVAS DE VENTA PARA CATALUÑA Y BALEARES
DE **MANUFACTURAS CUERO TOSAS, S. A.**
FABRICAS EN BLANES (GERONA)

Centros de distribución:

VICH: Rambla del Carmen, 31 - Teléf. 203
MANRESA: Paseo Pedro III, 9 - Teléf. 2417
BARCELONA: Calle Caspe, 91 - Teléf. 51959

**Correas de cuero, Tacos, Tiratacos, Poleas
y Accesorios para la Industria Textil**

CEMENTO ARMADO

Jácnas, Vigas, Escaleras, Lavaderos, Depósitos, Tinejas,
Cámaras frigoríficas, Tubos

PIEDRA ARTIFICIAL

Arrimaderos, Balastradas, Loses, Mostradores, Columnas
y toda clase de adornos para parques y jardines

Construcciones SERRA

Enyesados - Revoque de paredes
Cielo rasos - Decoraciones y Arte religioso

Alta Remedio, 47 - Teléf. 1404 - MANRESA

*En el segundo aniversario
de su fundación*

Galletas Reverter

saluda a sus clientes y amigos

C. Barcelona, 33 - Teléf. 1889
M A N R E S A

Manufactura de Géneros de Punto

ORRIOLS, S. A.

Ventas al por mayor y detall

Angel Guimerá, 24 - Teléfono 1053 - MANRESA

Doctor MESTRE MIRET

FARMACIA Y LABORATORIO

MANRESA

Ramón Morell

MERCERIA Y NOVEDADES

Borne, 19 y Plaza Santo Domingo, 1 - Teléf. 2279 - MANRESA

RAMON TORRA

SOCIEDAD EN COMANDITA

IMPRENTA y LIBRERIA

Borne, 11 - MANRESA